

Ana Tweedale y sus hermanas

*La participación de las mujeres en el Movimiento Cooperativo**

*Por: Inés Vázquez***

Qué, cómo, cuándo, dónde, quiénes, para qué

“...a lo mejor yo te estoy diciendo 'Sí, la participación es muy buena', y qué sé yo, lo veo desde mi filial, la gente de mi filial que es la que viene pero ¿qué pasa con la que no viene?”

Marta

“...tiene que servir para que el movimiento cooperativo entienda que la mujer no está para decorar, sino que es alguien más para trabajar al lado del hombre, y para que lo que tanto se dice de vocación de servicio sea una realidad y no algo tan trillado de argentinos que hacemos bla, bla, bla...”

Pamela

“... que abran los ojos, que lean las opiniones y que nos apoyen, realmente, para que tengamos más espacio”.

Sara

“...si esto sirve para que la gente pueda leerlo, pueda discutirlo, pueda crecer, pueda llevar a la práctica otras cosas, pueda permitirse una mayor participación, entonces, para mí es válido el trabajo, si no, si queda nada más dentro de una linda revista...”

Analía

“...ver el resultado... son tan dispares unas cosas de otras, todos los comentarios que leíste, las opiniones...”

Luisa

“...es el reflejo de nuestras vivencias, estamos diciéndote todo lo que hemos sentido, nuestras expectativas, nuestra esperanza, yo creo que tiene que servir.”

Clara

“...a mí lo que más me gusta de esto es que lo van a leer los hombres. Y no sólo leer, hay que ver qué hacen después”.

Marcela

Los interrogantes que subyacen a las opiniones que acabo de transcribir, también me los he formulado a mí misma: ¿Para qué puede servir esta investigación, qué esperar de ella? Intentando responderlos, se me han ocurrido distintas aproximaciones. Por caso, pensar esta in-

*Investigación realizada a pedido de IDELCOOP (1991/92).

**Antropóloga Social egresada de la Universidad de Buenos Aires. Docente en el Área de Salud Mental del Hospital Gral. Belgrano (Partido de San Martín - Bs. As.). Coordinadora de talleres literarios. Colabora con la Revista Nueva Sociedad (Caracas), en la que ha publicado varios artículos.

vestigación como algo vivo que se, tiene entre las manos, un trabajo que se está haciendo -si bien desde hace meses, pero aún y todavía- al ser escrito, al ser leído, al discutírselo.

Este punto de partida que bosquejo, coloca al trabajo antropológico en el centro de una relación social, como parte de una elaboración de sentidos que modifican tanto a quien investiga, como a las/los investigados.

“Alguien que investiga”, / “investigados”. La pesquisa en ciencias sociales es una relación asimétrica, difícil y apasionante. Si por lo común, es ésta una actividad que no descubre sus productos a quien le ha proporcionado su voz, su tiempo, su historia (los “informantes”, la comunidad estudiada), casi como una industria extractiva, que se apropia de una serie de significados culturales, los somete a diversas interpretaciones y dirige sus conclusiones hacia otras esferas de producción cultural (el espacio académico, las fundaciones, otros investigadores); aquí me encuentro frente a un “objeto de estudio” que se propone participar del análisis de estas conclusiones y que, además, espera que las mismas sean leídas por sus pares masculinos. Enhorabuena. Si las mujeres y los hombres del movimiento cooperativo hacen suya la oportunidad de debate que comporta esta investigación, la inevitable asimetría que señalaba, dejará de ser un “desnivel”, para emplazarse como variedad, matiz, opinión posible dentro de un conjunto de opiniones igualmente válidas.

Será entonces, la ocasión de revisar supuestos teóricos que signan nuestras prácticas cotidianas e, imperceptiblemente a veces, contribuyen a la reproducción social de relaciones jerárquicas, desiguales o exclusoras de nuestros semejantes.

Cómo surge esta investigación, es un interrogante que se desprende, a su vez de la pregunta inicial. Surge, creo, del encuentro entre dos intereses particulares. El mío, ligado al área de los Estudios de la Mujer¹; el del Movimiento Cooperativo, preocupado por algunos aspectos de la participación en el ámbito que le es propio. Las características de este encuentro traslucen dos inclusiones voluntarias: la de una mujer que dirige su mirada hacia otros sujetos femeninos y, por tanto, se mira en parte a sí misma; la de unos agentes sociales (las/los cooperadores) que aceptan colocarse en el foco de análisis, ser preguntados, comentados y, a la vez, comentarse, revisarse y no siempre encontrar que todo está en orden.

Como se sospechará, en el curso de este relevamiento, he recogido de boca de las entrevistadas, relatos de placeres y de insatisfacciones. En consecuencia, procuré documentar la realidad de unos y otras, aun cuando una investigación antropológica se ocupa de problemas y, por fuerza, éstos se llevan la mayor parte de nuestras disquisiciones. Quisiera entonces y en concordancia con las características de este “encuentro de intereses”, que el análisis que propongo a continuación, no asumiera a los ojos de quienes se ven involucrados directamente en él, el tono de quien señala conflictos ajenos. Aquí, el trabajo ha sido y es todavía, colectivo, y las críticas que formulo, sin restarle por eso contundencia, pretenden evidenciar lo oculto y tematizar lo obvio, *desde el respeto por las prácticas femeninas*, o más sencillamente, desde el respeto por las *prácticas*, es decir, por aquéllas y aquéllos que se animan a actuar.

Este trabajo es el resultado de la investigación realizada entre junio de 1991 y julio de 1992, nueve meses de cuyo lapso fueron destinados al trabajo de campo. El mismo consis-

(1) Nombre de una corriente científica que se interesa por revisar la producción teórica en el campo de las ciencias humanas, procurando superar interpretaciones sexistas.

tió en la realización de cinco laboratorios-taller sobre el tema de la participación de las mujeres en el Movimiento Cooperativo², a través de los cuales pude contactar a 36 mujeres, socias de base y dirigentes de los Bancos Cooperativos Credicoop, Local y De la Ribera y de las cooperativas COMACO, Residencias Cooperativas de Turismo y Huayra-Quimbal, todas ellas con sedes distribuidas en barrios de la Capital Federal y en localidades de la Provincia de Buenos Aires. Con 17 de las 36 mujeres contactadas en los talleres, sostuve igual número de entrevistas intensivas, a fin de reconstruir los aspectos básicos de la participación femenina en el MC³.

Los objetivos planteados para esta investigación fueron los siguientes:

- Conocer las opiniones, creencias y actitudes de las mujeres respecto de la participación cooperativa.
- Identificar y jerarquizar los factores que condicionan la participación cooperativa de las mujeres.
- Establecer una base referencias para evaluaciones futuras de cambio de actitudes del sector estudiado.
- Ampliar el conocimiento actual sobre aspectos subjetivos y objetivos de la participación de las mujeres, para el diseño posterior de acciones específicas, dirigidas a la integración del sector en la propuesta de participación cooperativa.

En las páginas que siguen, el análisis será minucioso en la identificación de diferencias dentro y fuera del propio grupo de identidad (“las mujeres”, “el movimiento”). Así, se hará evidente que la unidad de clase, reconocible en las personas entrevistadas -sectores medios, alcanzados por la crisis económicas la reconversión capitalista en curso-, no basta para definirlos⁴. Allí aparecen las diferencias socio-culturales, generacionales, ideológicas, de experiencia de vida, entre otras. De igual modo, la identidad de género tampoco supone acuerdos absolutos. Si por género sexual se entiende aquel conjunto de creencias, actitudes, roles y disposiciones que cada sociedad define para los interrogantes de cada sexo, con tal definición se da por sentado que el género es variable d cultura a cultura, como de época en época, motivo por el cual dicha concepción de género, si bien puede ser antigua, se está construyendo a cada momento y en cada persona, codificada por su entorno cultural. Sin embargo, las mujeres no somos “todas iguales”, nos atraviesan desigualdades, enfrentamientos y diferencias y es allí donde esa identidad, con su cuota de causa común, no puede suponer acuerdos absolutos. Este trabajo buscará profundizar en ambos aspectos -consenso y distinción- de la mencionada identidad de género.

Una cuestión paradójica parece recorrer las reflexiones de las/los cooperativistas cuando se plantean la inserción femenina en el MC. “¿Por qué, si nuestra propuesta privilegia el

(2) En adelante, utilizaré la sigla MC o el término "movimiento" para referirme a las actividades del Movimiento Cooperativo.

(3) Como es habitual para las investigaciones en ciencias sociales, los nombres de las informantes son ficticios.

(4) Por clase social entiendo la pertenencia objetiva de cada individuo o grupo de individuos a la estratificación social, tomando como base su papel económico-productivo, como así también, aquella pertenencia subjetiva a esa misma estratificación, en base a sus hábitos, preferencias y representaciones simbólicas.

lugar de la mujer y hay un fuerte componente femenino en la base de los asociados, esta presencia no se refleja satisfactoriamente en los distintos niveles de participación de la actividad cooperativa?”.

Esta pregunta puede extenderse al ámbito global de la sociedad (¿Por qué, si las mujeres constituimos el 51% de la población, no aparecemos representadas proporcionalmente, por ejemplo en la actividad política del país?) y puede, también, ser abordada a partir de diferentes puntos de vista. Uno de ellos es el análisis de las posiciones subjetivas de las mujeres, otro, al que podríamos llamar “objetivo”, es la observación de las condiciones estructurales en que ellas desarrollan su actividad cooperativa. Otro abordaje posible lo constituye el examen interdisciplinario y macrosocial de un asunto que, como hemos podido comprobar, aparece en otros ámbitos sociales (partidos políticos, congregaciones religiosas, etc.) y no únicamente en el MC.

En la presente investigación he dado amplio lugar al análisis de la subjetividad femenina, entendida ésta no como diferente o apartada de lo social, sino como *el punto de vista del actor inmerso en las relaciones sociales*. Paralelamente, he intentado complementar este análisis con información obtenida en fuentes secundarias y con aportes críticos proporcionados por los estudios del área.

La pregunta recién formulada y que acompaña en sordina a las preocupaciones manifiestas sobre el tema en tratamiento, me conduce a reafirmar una concepción teórica que postula la *no transparencia de lo social*. Esta imagen quiere expresar que no basta una visión sólo aplicada al hecho empírico para dilucidar realidades complejas como las emergentes de la interacción humana, porque más allá de lo que aparece como evidencia, se teje una urdimbre de relaciones sutiles, no siempre visibles en un análisis de primera mano.

A través de este escrito será posible conocer algunos puntos de vista de algunas socias de bancos cooperativos y cooperativas de servicios, adheridos al Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos⁵. Dado que el necesario recorte de objeto nos conducirá siempre a estudios parciales, bueno es recordar la pertinencia de promover nuevas investigaciones que complejicen el cuadro obtenido en ésta. Las representaciones subjetivas de las funcionarias y de las empleadas que trabajan en estas mismas cooperativas, al igual que las opiniones de los hombres respecto de la participación de las mujeres, son segmentos narrativas de una historia que espera ser contada también desde sus enfoques particulares.

A propósito de historias narradas, quiero mencionar el enriquecimiento que los talleres y entrevistas representaron para mí, tanto en el plano personal, al permitirme compartir fragmentos de experiencias de vida profundas y solidarias, como en el plano metodológico y teórico, al replantearme dilemas que están lejos de haber sido resueltos. Algo de estas riquezas espero haber transcrito en este trabajo, aunque es obvio que "algo" también se pierde en el salto que implica esa transcripción: modulaciones, énfasis y silencios, cortes emotivos del discurso, que la relación cara a cara brinda y la versión escrita, difícilmente recoge.

(5) Con la excepción de Huayra-Quimbal, que sólo participa de reuniones comunitarias en su zona. En adelante, para referirme al Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, utilizaré la sigla IMFC.

El fondo del espejo

Como ya dijera, éste es un trabajo que indaga el mundo subjetivo de las mujeres. De este modo, en el curso de la recolección de campo, he podido acceder a *imágenes construidas por las informantes sobre la participación femenina* en el MC y a *imágenes construidas por ellas sobre la no-participación femenina*.

Estos dos grupos de construcciones refieren distintos niveles de trabajo simbólico entre las mujeres cooperativistas. Así, el nivel de las imágenes construidas sobre la *participación* femenina, se muestra menos elaborado en términos colectivos e incluso, en términos individuales, que el nivel de las imágenes construidas sobre la *no-participación*. Esto puede explicarse, en parte, porque el tipo de participación alcanzado por las mujeres, tanto en calidad como en cantidad, es reconocido como un triunfo por sus protagonistas, respecto de la propia historia local del movimiento, y también, en relación a la presencia femenina en otras instancias de actividad social (partidos políticos, sindicatos, etc.) y, por línea general, aquello que consideramos un triunfo no solemos inquirirlo ni mucho menos, problematizarlo.

En contraste, el segundo nivel, el de las imágenes sobre la *no-participación*, aparece mucho más trabajado, discutido, con explicaciones muy concretas sobre sus causas y con estrategias de acción claras y concordantes con las relaciones explicativas elaboradas.

Comenzaré comentando este segundo grupo de imágenes construidas, pasaré luego al primero y finalizaré revisando las estrategias de acción que las mujeres cooperativistas ya han implementado, y las que todavía mantienen en debate.

Imágenes construidas sobre la no-participación femenina

La mayoría de las personas entrevistadas para este proyecto, han pasado por, o viven actualmente, la situación de “ser las únicas”: la única mujer de la cooperativa, la única Consejera, la única mujer en la Comisión de Finanzas o en la Mesa Directiva. Para las más antiguas en el MC, de a poco el horizonte se ha ido poblando con otras compañeras, ahora son dos, son tres, son cinco o un poco más, según en qué instancia se ponga la mira. Para otras, en cambio, permanece la situación de “ser las únicas”. Esta rara exclusividad, además de someterlas a un durísimo esfuerzo, como veremos después, las ha llevado a preguntarse, de una u otra manera: “¿Por qué no participan las mujeres, por qué no más?”. Intentando contestar estas preguntas han ido construyendo imágenes, explicaciones, líneas argumentales. Unas veces, escrutan sus propias trayectorias, otras, se juntan entre ellas e intercambian experiencias y opiniones.

Así, he podido identificar en sus dichos, tres explicaciones para la baja participación femenina:

- a. El rol culturalmente asignado a las mujeres.
- b. La caída de participación global de la sociedad.
- c. La automarginación femenina.

Sobre las dos primeras imágenes hay que decir que, estando sumamente extendidas en el registro empírico, suelen funcionar como obstáculos frente a los cuales se puede hacer muy poco (“es el problema de la doble explotación”, “no participa el ser humano”, “la mujer también forma parte de la cultura del *no te metás*”). Tales impedimentos suelen visualizarse como cuestiones globales, abarcativas o ancestrales, a las que se es-

pera ver cambiar con el traspaso generacional, pero frente a las cuales sus intervenciones son muy poco efectivas. Salvo por el hecho de que, respecto del rol culturalmente postergado de la mujer, consideran que el MC es el lugar adecuado para desarrollarse democráticamente, puesto que sus principios básicos así lo contemplan.

Sobre la automarginación, en cambio, que reúne las experiencias de inseguridad y auto-desvalorización femenina, existe la sensación de que es posible dejarla atrás en el corto plazo y a través de intervenciones directas, según sus propias trayectorias lo atestiguan.

“La mujer es también la que, a veces, se aísla porque dice 'no voy a poder' o 'no me van a dejar' (...). Pero también, muchas veces, se escudan en sus hijos para no participar: '¡Ah no, porque yo tengo chicos', no, si yo tengo un gatito, ¿viste?, no tengo chicos...' (Luisa)

“... lo que diferenciaría como estudio de la mujer son las dificultades de la mujer para llegar allí, ¿por qué la mujer no llega a los cargos de decisión? O sea, verlo desde adentro, en realidad, en el movimiento está... estaría todo bien, es decir, ver qué impedimentos tiene la mujer...” (Marta)

“Es bastante común encontrar también que la mujer tenga miedo de no llegar a entender, muchas veces tiene la fantasía de que los hombres, en este tipo de actividades, tratan las cosas mejor, creen que esto es algo que no es para ellas, entonces, ese miedo las hace automarginarse”. (Analía)

“Las mujeres, a veces, son obstáculo para la participación de las mujeres, las mismas mujeres, porque no te ponen confianza, y si no ¿dónde ponen confianza las otras mujeres?. Entonces, la cosa pasa por tenerse confianza en sus opiniones, que se empiecen a sentir seguras”. (Clara)

Habría, en principio, dos maneras de analizar este énfasis en los posicionamientos subjetivos de las mujeres como una de las bases de su exclusión. Una de esas maneras, sugiere el contribuir a *salirnos del lugar de víctimas*, de oprimidas, de secundarizadas que las mujeres hemos ocupado por siglos. Ese corrimiento me parece bienaventurado, porque es en ese trance donde las “víctimas” descubren sus armas, sus potencialidades, aquello que han cedido u otro ha tomado sin acuerdo. Pero creo también que es relevante ubicar la distancia que va entre el momento -energético, poderoso- en que se toma conciencia de la opresión, y por tanto, ya no se tolera el ser víctima, y el momento -no menos energético, pero aún socialmente inalcanzado- en que se logra la liberación respecto de ese poder opresivo. Señalo esto porque, si bien es provechoso someter a crítica las actitudes subjetivas de las mujeres, esto no debería conducir a dejar en suspenso los límites estructurales impuestos al género femenino por el sistema patriarcal ni el proceso histórico que los ha determinado y que los reproduce en cada una de nosotras, más allá incluso de nuestra conciencia y voluntad de cambio personales. En otras palabras, ¿puede hablarse de “automarginación” cuando el peso de los condicionamientos sociales nos agobian al extremo de sentir impotencia para modificarlos en sus aspectos más profundos?

La puesta en foco de la incidencia que tienen esos condicionamientos sobre la vida y decisiones cotidianas de las mujeres, puede permitirnos formular la pregunta sobre la no-participación desde otro ángulo: ¿Por qué determinadas formas organizativas son renuentes al acceso femenino? Con ella estoy abarcando tanto los poderes del estado (ejecutivo, legislativo y judicial), los partidos políticos, los sindicatos, como, en el entorno cooperativo, las mesas directivas o los consejos de administración. No descuido

las diferencias tipológicas entre estas formas organizativas, lo que permite la comparación es, justamente, esa ausencia reiterada: en sus interiores, las mujeres son pocas o no son. Siguiendo con el ángulo de toma de la pregunta precedente, ¿qué situaciones reproducen esas organizaciones, que aun sin proponérselo, son expulsadas de mujeres?

“Yo creo que la participación de noche es dificultosa para las mujeres jóvenes y con hijos, y en nuestro movimiento está todo estructurado para la noche y así, la mujer no puede. Hay que facilitar el momento”. (Analía)

“Se hacen reuniones 'tipo hombre', o sea que duran hasta cualquier hora y no hay mayor preocupación por la esposa, la casa o los hijos”. (Pamela)

“Para salir hay que dejar todo organizado, no es que cerrás la puerta 'y que se arreglen'. Por eso, en las reuniones suele haber más hombres, las reuniones 'extra' te descompaginan todo”. (Laura)

“También está el tiempo permitido a las mujeres. Si una mujer sale del trabajo a las 18, no puede volver a las 23”. (Graciela)

“¿Qué marido está dispuesto a quedarse en casa cambiando pañales mientras nosotras venimos a una reunión? Cuando, por otro lado, ellos se pueden ir a jugar un partido de tenis y ni se plantean 'qué hago con los chicos'. Hay mujeres que no van a reuniones de noche porque los maridos les preguntan dónde anduvieron...” (Gabriela)

“Se borran de la casa -el hombre, en general- yo pienso que pasa eso. Dedicán su participación a todo lo que sea trabajo, ¿y la casa? Ese tipo de hombre la deja, en cambio, la mujer que participa no deja la casa, se ocupa. '¿Qué comen los chicos?' El hombre ni piensa en eso, no es que no le interese, sabe que alguien lo va a hacer”. (Marta)

Aquí, nos abrimos a dos áreas distintas aunque conectadas del conflicto. La que corresponde, estrictamente, al MC -y hablaba de reproducción de situaciones expulsoras de mujeres (horarios, modalidad de las reuniones, infraestructura para atender las necesidades de las familias)- y la que se aplica al estilo de vida vigente en nuestra sociedad (responsabilidades asimétricas respecto de las tareas hogareñas y del cuidado de los hijos y, por otro lado, valoración diferencial de la nocturnidad, que asociada a las mujeres, le otorga un sesgo inquietante a sus conductas).

Las mujeres en disponibilidad de participar o que participan del MC se encuentran en el centro de estas dos áreas conflictivas. Si eligen preservar la armonía familiar, se verán postergadas en su actividad cooperativa. Si, por el contrario, aceptan el ritmo “masculino” de esas actividades, seguramente, deberán enfrentar sucesivas crisis familiares, con el consecuente desgaste emocional. Crisis que, en sus puntos más altos, podrán derivar en la ruptura familiar o en el abandono de la participación comunitaria. Es, por otro lado, conocido que la segunda instancia suele ser la más frecuente entre las mujeres.

La excepción a esta norma la presentan los casos de “parejas cooperativas”, es decir, aquellas en las que ambos miembros integran el movimiento. Es útil, entonces, traer a debate un dato que menciono en el *Anexo* de este trabajo, acerca del estado civil de las mujeres cooperativistas. Recordemos: 52,95% de mujeres solas (reuniendo los porcentajes de *solteras*, *separadas/divorciadas* y *viudas*), 47,05% de mujeres casadas y 88,23% de las casadas que lo están *con maridos cooperativistas*.

El grupo conformado por lo que llamé *mujeres solas*, por diferentes motivos, tiene facilitado, cuando no resuelto, uno de los polos del conflicto (el familiar). El grupo de *mujeres casadas con hombres cooperativistas* tiene, asimismo, facilitada la resolución de idéntico conflicto, vía conciencia y solidaridad de sus esposos. Las mujeres casadas, cuyos maridos no participan del MC, se encuentran en el punto de mayor tensión.

“...uno llega a casa y por ahí está el esposo parado en la puerta: '¿Y por qué llegaste tan tarde?', él puede llegar más tarde, pero que una llegue tan tarde... y bueno, todo eso puede llegar a hacer que uno en cierta forma, se autolimite”. (Silvia)

“...se están sumando las esposas, pero todavía ellas no tienen continuidad [...] se suman de la mano del esposo y eso las condiciona, también; pero es válido, es válido porque después se quedan [...] pero si hay una actividad y que hay que cuidar a los chicos, muy difícilmente el esposo les diga 'dejá, andá vos que yo me quedo a cuidarlos' (risas), supónete que hay una charla o que estamos haciendo un curso, bueno, vos vas a ver que en lugar de venir ellas, vienen los maridos”. (Clara)

“Yo no tengo problemas con mi marido porque traté de incluirlo, me costó, pero ahora estamos juntos. Pero la otra chica, ella me dice que tiene muchos problemas con el esposo, no se puede dedicar tanto a la cooperativa por eso”. (Laura)

“Viene la demanda posterior, cuando hay una actividad fuera de las de siempre, una se pregunta ¿cuánto me costará esto? En casa te dicen: '¿Qué reunión tenés hoy si no es la del banco ni la de la Comisión ni la de aquéllo?' De última, ellos tienen la devolución a nivel social, que no es en plata -que es tan importante para los hombres- es en crecimiento, en solidaridad, en sonrisas”. (Gabriela)

Imágenes construidas sobre la participación femenina

En este acápite intentaremos conocer los detalles de la participación femenina en el MC. Había sugerido que era un nivel poco profundizado en cuanto a relaciones explicativas; esto no significa que las mujeres no hablen del tema. Lo hacen, pero la perspectiva es mucho más inmediata, menos panorámica. Surge, al ser inquiridas sobre sus experiencias directas, entremezclada con otras problemáticas. Aquí, he sistematizado en seis ítems, buscando puntos en común, los obstáculos referidos por las informantes para la participación femenina. Cada uno de ellos puede tener una mayor o menor extensión en el conjunto de la experiencia cooperativa de las mujeres, así como puede aumentarse o desconocerse parte de la serie. Lo que me lleva a incluirla de este modo, es el hecho de que expresa situaciones “molestas”, pero cotidianas, al punto de resultar casi imperceptibles como ejemplos de postergación o exclusión, para sus mismas protagonistas. La serie no incluye casos extremos de conflicto, pero que los hay, los hay. Testimonios de acoso sexual por parte de “compañeros” cooperativistas, como de lugares donde la discriminación de mujeres es explícita (“Mujeres acá no, porque cuando hubo, hubo problemas”) han sido comunicados durante las entrevistas y por su gravedad, dejo constancia de ellos. Nos ocupa ahora el tono cotidiano de las relaciones inter-sexuales en el MC.

1. Paternalismo

“A veces, cómo te diría, yo me doy cuenta que, siendo mucho tiempo la única Consejera, en algunas cosas así, de mucha importancia de la cooperativa, bueno, el lugar de la Secretaria

quedó relegado, a las discusiones con entes oficiales iba el presidente y otro porque... hasta en buena gente, muy esclarecida, y con las mejores intenciones... pero, sin darse cuenta, todavía les parece que 'cómo una mujer, vamos a hacer que participe de las discusiones'. Y bueno, yo, si me imponía, iba a las discusiones, pero un poco, nos resguardan sí, vi un poco de paternalismo, de alivianar trabajo, hasta que yo me tuve que poner firme". (Noemí)

"Alivianar trabajo", "nos resguardan", frases que remiten a cierta protección y a cierta "señalización", se podría decir, del camino a transitar por parte de las mujeres. Otros testimonios no utilizan la palabra paternalismo, pero refieren un límite (masculino) al avance de las mujeres. Esto último, como se verá, puede afirmarse de cada una de *las situaciones conflictivas* en exposición.

2. Falta de apoyo a las iniciativas de las mujeres

"Quisimos hacer una reunión con un concejal radical, como para pedirle rendición de cuentas, no tuvimos ni un sí ni un no. Quisimos hacer grupos de gimnasia, nos sacaron volando(...), con el SIDA pasó lo mismo, yo lo propuse y no me dieron bola, hace como un año. Ahora resulta que lo propuso un médico de otra filial, y entonces, lo tomaron". (Sara)

"Claro, pero no te dicen 'no'. Te dicen 'tomalo' y después no hay colaboración y así, las cosas no salen". (Susana)

El límite aquí, marca una retirada respecto de un valor clave de la cooperación, como lo es la ayuda mutua. Puede pensarse que la "falta de apoyo" no necesariamente debe dar por resultado que determinados proyectos no se concreten. Es el caso que muchas de las tareas que comentan las entrevistadas, se han realizado a pesar de la falta de apoyo masculino.

3. Sobre-exigencia para con las mujeres que ocupan cargos o desempeñan determinadas tareas.

"Las mujeres tenemos que saber el doble de los hombres, a ellos, por sólo ser hombres, se les da poder, la mujer, en cambio, 'que lo demuestre, que demuestre que tiene capacidad". (Gabriela)

"Al final, siempre estamos rindiendo examen". (Laura)

"Las mujeres siempre tenemos que demostrar, tenemos tan incorporado que hay que demostrar, que no nos damos cuenta..." (Teresa)

"Tenés que ser la mujer 10, porque si no, tampoco te dan cabida, no te podés equivocar en nada". (Sara)

¿Podríamos hablar acá de un límite por el absurdo? El sobre-esfuerzo que les representa a las mujeres ocuparse de las mismas tareas que los hombres, merced a la presión social, tarde o temprano surge como inconveniente para el desarrollo de sus actividades: desvalorización, cuando parece no haberse aprobado el "examen"; insatisfacción con la propia obra, ya que, finalmente y a nivel social, no está claro qué es lo que cabe esperarse del desempeño femenino; hartazgo respecto de la eterna sobre-exigencia, que puede derivar en el abandono de la tarea o del cargo.

4. No reconocimiento de la tarea realizada por mujeres

“Yo estaba en Cultura con otro muchacho, él era Secretario y yo colaboraba. Hicimos muchas cosas durante el año y cuando llega la evaluación, él dice: 'estoy contento por lo que hice' y yo lo miraba...” (Luisa)

“Yo perdía horas, pero hubo cosas que quedaban en el olvido”. (Nelly)

“No pretendo que estén diciendo 'qué bien salió la fiesta que organizaron fulana, fulana y fulana, no pretendo nada'. Al contrario, escuché siempre algún pero, siempre de los hombres que no están de acuerdo con la organización”. (Sara)

“... después, ni siquiera se acuerdan de preguntarte qué pasó, que es otra de las cosas que molestan, ¿te das cuenta?, molestan porque vos decís 'bueno, estoy realizando una actividad, los estoy representando a todos ustedes que están sentados aquí, ¿no les importa lo que dije, lo que hice? A mí me parece que sí, a mí me importaría'...” (Marcela)

Un límite por omisión. Estas citas recuerdan la famosa categoría de *trabajo invisible*⁶. Si bien ella tiene un valor preciso y sumamente explicativo del papel económico de las mujeres en la sociedad capitalista, con frecuencia ha sido extrapolada para ilustrar el carácter de muchos de los quehaceres femeninos cumplimentados fuera del hogar. Prefiero usar el término invisibilizado (esto es, transformado en invisible) para este último orden de actividades, ya que en estos casos, la “invisibilidad” no corresponde a la negación ideológica de un proceso socio-económico que compra-vende seres humanos (las relaciones de mercado en el capitalismo), sino que es parte de una cierta mirada que hace caer en el vacío el esfuerzo de las mujeres. Como lo señala una informante: “Las mujeres trabajan, pero los hombres se llevan los laureles”. (Paula)

5. Desvalorización, burla, estigmatización a partir de sus propuestas

“En mi caso, yo, cuando plantee reuniones de mujeres, me empezaron a cargar, 'que traiga chicas jóvenes, que sean lindas', y yo les dije que sí, es mucho más agradable trabajar con alguien que gusta, pero que si no conseguía jóvenes y lindas, lo iba a hacer igual, porque eso no me parecía lo principal”. (Marcela)

“Yo quise traer un sexólogo que es de mi familia, para conversar sobre educación sexual, para hombres y mujeres. Me tomaron el pelo, me decían que si iba a haber demostraciones y que el salón no era para eso [...] el Día Internacional de la Mujer íbamos a traer una mujer que había estado en el Encuentro de San Bernardo⁷ y nos salieron con que '¿De qué van a hablar, de lesbianas?'”. (Sara)

Sin duda aquí, lo que estoy llamando “límite masculino”, roza la agresividad, se torna irrespetuoso, al hacer uso de un fondo de prejuicios sociales, no explicitados, pero legibles en las actitudes de referencia (“del sexo no se habla”, “las reuniones de mujeres son

(6) *Conceptualización diseñada por Isabel Larguía y John Dumoulin para dar cuenta del proceso de reproducción privada de la fuerza de trabajo (la tarea doméstica de las mujeres), queda por resultado un producto "invisible" a los ojos del capitalismo, ya que el producto de la diversificada labor hogareña, es la fuerza de trabajo a venderse en el mercado laboral. Véase Larguía, I./Dumoulin, J., La mujer nueva. Teoría y Práctica de su emancipación, CEAL, Bs. As., 1988.*

reuniones de lesbianas”, “la homosexualidad es una práctica condenable”, etc.). Por otro lado, en muchas oportunidades, las entrevistadas refieren situaciones jocosas, en las que son el objeto de la broma. Esto tiene un costado de distensión para un imaginable ambiente rutinario de largas reuniones. Puede afirmarse que el sentido del humor es bienvenido entre las mujeres y que ellas mismas se valen de la risa para responder a bromas “pesadas”. Esto, en algunos casos. En otros, las ironías suelen cerrar más puertas que las agresiones directas: “... por eso, hay muchas posibilidades, que a veces, por este tipo de chistes, de hacerse medio los piolas y qué sé yo, se pierden”. (Marcela)

6. Rechazo al modo específico de participación femenina

“Nosotras trabajamos de otra forma y las cosas salen. Se nos criticó que somos suaves, pero yo pienso que de esa manera estamos haciendo cooperativismo”. (Beatriz)

“De una a tres y media estoy acá, así sea haciendo control, así sea charlando, porque alternamos, un poco, con charlas familiares, con control, por eso trabajamos bien ... porque a los hombres no les gustan más bien los temas familiares, los temas... no es chisme, porque hablamos de alguna enfermedad sí, o de tal médico me recetó tal medicamento y me va muy bien o un chisme a hablado. Y al hombre no le gusta que nos salgamos del tema”. (Sara)

“Hubo algunas finales en que se nos dijo que no, que las mujeres charlamos mucho”. (Ana)

“Ellos piensan que nos vamos en palabras, que charlamos demasiado o dejamos hablar mucho”. (Laura)

“Tal vez, al hombre le gusta más la mujer que discute, y la que es como yo, que le gusta escuchar, pensar, cuando quiere hablar la coartan”. (Zulema)

Me resulta éste un punto cautivante. La noción de límite que guía este tramo del análisis, se nos muestra aquí en “alerta” frente a lo que se le aparece como distinto de sí mismo. Otro modo de ser... “¡Y las cosas salen!”, comenta una informante.

Comencemos por problematizar la propia categoría de modo *específico de participación femenina*. ¿Es que existe tal cosa? Existe, creo, pero no como una suerte de secreción inmanente y más o menos misteriosa. Existe la *construcción histórica de ese modo específico*. Modo que supone una firme cadena de sometimientos (y por eso veía con augurio el ensayo de una autocrítica que nos desplazara del lugar de víctimas⁸, pero también supone una forma positiva de sobrevivencia. Todo un mundo de relaciones opresivas, jerárquicas, desiguales por demoler y toda una experiencia de vida por revalorizar y re-socializar, a partir de sus cualidades generadoras⁹.

(7) Se refiere al V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en San Bernardo, Pcia. de Buenos Aires, entre el 18 y el 25 de noviembre de 1990.

(8) Véase supra p.10.

(9) "... cualidades que han sido atribuidas en el curso de la larga historia de la sociedad patriarcal, antes a la mujer que al hombre, (receptividad, sensibilidad, pacifismo, ternura). En el plano psicológico primario se las incluye corrientemente en el sector del Eros, a favor de la fuerza. de los instintos de vida, contra los de muerte y destrucción...", Marcuse, H., "Marxismo y Feminismo" en: Calas en Nuestro Tiempo, Icaria, Barcelona, 1983.

Más adelante volveré sobre esta cuestión teórica¹⁰. Ahora, me detendré en los testimonios reunidos en torno de este punto, los cuales se concentran en dos aspectos:

1. La *charla femenina* enfrentada al *no escuchar / hacer callar masculino*, con el consecuente arco de respuestas femeninas, que van del silencio a la imposición.

2. El *sentimiento* como rasgo fundante de la participación femenina y el *desarreglo* que produce al irrumpir en un espacio desafectivizado.

Para comentar el primer punto, es necesario conocer más profundamente las experiencias de las entrevistadas:

“¿En las reuniones? Escucho. Antes hacíamos cosas, pero ahora escucho y me callo la boca. Trato de apoyar, pero no hablo”. (Nelly)

“Yo lo que veo de los hombres es que están en prevalecer, las mujeres no quieren cargos electivos, se quedan más para escuchar. Los hombres parece que ya hubieran escuchado y aprendido todo. A veces, se le pide a la mujer que participe más y, por ahí, a mí no me gusta discutir por discutir. Son formas de ver”. (Fany)

“Yo siempre fui de mucha sensibilidad, siempre más bien calladita, siempre de escuchar al otro, tratar de pescarle su... todo, pero que también llevaba a la pasividad, entonces, me iba quedando, hasta que empecé a darme cuenta y aunque me ponía colorada, hablar”. (Luisa)

“... lo que vi es que los hombres no les dan bola a las chicas de la Comisión, hablan entre ellos, leen el diario...” (Pamela)

“Nosotras, al principio, cuando hablábamos en la reunión del Consejo del Instituto, por ahí, los hombres seguían hablando. Decíamos, 'por qué hablan si estamos hablando nosotras, si nosotras los escuchamos'. Pero después nos empezaron a escuchar y sobre todo, cuando todas las veces teníamos algo para decir, por actividades, por haber hecho algo, entonces, bueno, ya nos empezaron a escuchar con más atención”. (Silvia)

“¿La recepción? Mirá... me escucharon. No hay opiniones, 'qué bien' te dicen, 'está todo bien', pero no hay interés, lo mismo pasa en el Instituto, cuando dábamos algún informe ¡nadie abría la boca! y es así, el tema de que está todo bien”. (Marta)

“A mí me cuesta informar ¡y que me escuchen! Que lo tomen en serio, no que lo tomen como nada. A veces me dicen 'Ay, Marcela, cómo hablás!' Yo lo lamento que hable tanto, pero hice esto o llegó esta nota, piden esta cosa y tenemos que resolverlo, ¿O qué ... lo resuelvo yo sola? [...] Me dejan para lo último y para lo último, siempre te está corriendo el tiempo ya la reunión se está por terminar, ya están cansados, están corriendo con la comida y bueno, 'dejá, después lo informás durante la comida y durante la comida nadie te da bolilla (...) Si informás al principio, te interrumpen mucho, cosa que no suele suceder entre ellos... o por ahí, vos querés mechar algo en lo que está opinando otro, te tocan la mano, 'ssshh, callate' te dicen, cosas así, que a veces a otro vos te das cuenta que lo dejan hablar”. (Marcela)

(10) Véase *infra*, pp. 23 y sgtes.

Intentaré sistematizar algunos puntos. Por un lado, se podría decir, están las *mujeres que no hablan*, las cuales respaldan su silencio con dos argumentos fuertes: *escuchar / respetar la palabra del otro y no discutir por discutir*. En el lado oscuro de esta actitud, se puede señalar la pasividad -apuntada por una de las informantes- que comporta el no intervenir a viva voz, el hacer sólo “acto de presencia”.

Sin embargo, el silencio no siempre o no necesariamente implica pasividad. Para las prácticas femeninas, hasta se puede decir que es un sello de distinción: las rondas de las Madres de Plaza de Mayo, las Marchas del Silencio en Catamarca, por el esclarecimiento del crimen de María Soledad Morales, los saqueos de mayo de 1989, donde las mujeres con sus hijos en brazos, sin petitorios ni alegatos, se servían los alimentos de las góndolas y huían cuando la represión era inminente.

Pueden aducirse varias interpretaciones al respecto, que la palabra es del “otro dominante”, que están saturadas de “palabras”, que llegado un punto, prefieren “actuar” a “hablar”. Todas estas interpretaciones parecen describir con acierto una parte del silencio-acción femenino. El revés de esta práctica, todavía en elaboración, nos interroga a las propias mujeres sobre el contenido y la forma de nuestro lenguaje. ¿Cuál es y cómo son las palabras que mejor nos traducen? ¿Cómo de-construir un código simbólico, que anula nuestra identidad en un universal masculino (hombre como sinónimo de humanidad) o que sesga las interpretaciones semánticas de ciertos términos, según el sexo del sujeto a quien se aplica (hombre público/mujer pública)? En tanto estas incógnitas continuara irresueltas, el silencio parece permitir una acción propia¹¹.

Pero, ¿qué sucede cuando las mujeres hablan? Por línea general y a juzgar por numerosos testimonios, se presentan las siguientes variantes:

- a. Se las re-envía al silencio (“Sshh, callate”)
- b. Se les dice que hablan mucho (2Piensan que nos vamos en palabras”)
- c. Se las posterga (“Después lo informás durante la comida”)
- d. No son escuchadas (“Leen el diario, hablan entre ellos”)
- e. No reciben comentarios (“Está bien, está todo bien”)

Cabe aclarar que estas actitudes masculinas se dan independientemente del camino elegido por las mujeres para responderles (llamarse a silencio, continuar opinando, intentar imponerse), de modo que son actitudes *históricas*, con muy poca evolución a lo largo del tiempo. Un cambio a señalar, no obstante, lo constituye el producido en el seno del Consejo Asesor del IMFC, que pasó de una actitud de tipo (d) -hablar entre ellos- a una actitud de tipo (e) -escuchar, pero no comprometerse en opinión ni en acto (salvo conocidas excepciones).

Decía entonces, que las respuestas implementadas por las mujeres oscilan entre el silencio (“escuchar calladitas”, evitando así, el desgaste de un choque o de una humillación) y el imponerse (actitud de la que, si bien no hay ejemplos claros de cómo se la operacionaliza, sí podemos sospechar que incluye cierta “batalla” contra el sexo opuesto, la

(11) Para ampliar el tema del silencio femenino véase Gingold, L. /Vázquez, I., *Nos/otras en la Crisis, en Mujeres Hoy, Fundación TIDO, Bs. As., 1992. Sobre el hablar femenino véase Lakoff, R. Lenguaje and Woman's Place, Harper and Row, N. York, 1975, citado por: Darey de Oliveira, R., Elogio da Diferença. O feminino emergente, Editora Brasillense, Sao Paulo, 1991.*

cual no siempre pasa por el contenido de las propuestas en pugna, sino, más bien, por una cuestión previa, que radica en el derecho a *hacer propuestas* y que las mismas sean tenidas en cuenta para el debate.

“... por eso el problema es qué hacer, ¿no? Primero para darle fuerza a la mujer, para que se imponga y lo haga aunque no quiera, es así...” (Marta)

“...y bueno, yo, si me imponía iba a las discusiones...” (Noemí)

“... los hombres manejan los hilos y algunas mujeres logran imponerse...” (Paula)

En el medio de estos dos polos (silencio/imposición), las mujeres pueden optar por mantener su espacio de opinión, pero sin mayores esperanzas de que ésta obtenga eco entre sus pares masculinos.

Otro resulta ser el panorama cuando las cooperativas o filiales están dirigidas por mujeres o contienen un alto porcentaje de ellas:

“... mi filial es una filial con características distintas, ya que la conducción está a cargo de una mujer (risas) -que es mi caso, digamos-, entonces, no me ven como algo distinto. Yo me siento muy respetada por mis pares, por mis compañeros, no siento lo que pueden sentir otras mujeres de sentirse marginadas o sentirse combatidas... todo lo contrario”. (Analía)

“...nosotras somos cinco, y hay más hombres, pero en la práctica, no van. Las mujeres nos metemos en todo, participamos en todo, y los hombres no participan tanto... en este momento, donde hay mujeres, estamos teniendo cargos”. (Marta)

El lugar directivo ocupado por una mujer o el mayor número de ellas, parece variar sustancialmente la escena. No habría que dejar de lado, sin embargo, el modo en que juega aquí la presencia masculina con su propia capacidad de variación. Ya que, en un caso, acuerda que la máxima autoridad local sea ejercida por una mujer, y en el otro, admite el contrapeso de su propia influencia, abriendo la posibilidad de un mayor intercambio con mujeres.

Me interesa ahora retomar el análisis de esta alternativa del *imponerse* como forma de validación del discurso femenino ante los hombres. Consultando algunas definiciones del diccionario, se tiene:

-Imponer: Poner carga, obligación u otra cosa. Infundir respeto, miedo o asombro. Instruir a uno en una cosa, enseñársela o encerrarlo de ella. Hacer uno valer su autoridad o poderío.

-Imposición: Exigencia desmedida con que se trata de obligar a uno. Carga, tributo u obligación que se impone¹².

Desde luego, lo que salta a la vista en estas definiciones es el carácter de *obligatoriedad*, de fuerza que denotan y que, por lo genera, tenemos muy poco asociado al desempeño de las mujeres. Más secundariamente, aparece el cariz de *instruir, enseñar, enterar*; darse a conocer, en resumen.

(12) Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*. Tomo2, H-Z, p.759, col. 3 y p. 760, col. 1, Madrid, 1984.

Ahora bien, las entrevistadas que hablan de la necesidad de imponerse, como experiencia o como proyecto, ¿por qué costado de estas definiciones entran?, ¿refieren a un hecho concreto, que refleja el triunfo vía *obligación* de sus propuestas?, ¿es parte de su esfuerzo por descubrir ante los demás, su modo específico de participación (*enseñar, enterar*)? ¿Utilizan el término en forma metafórica, como proyección en los hechos de sus deseos de ser escuchadas? Las respuestas son difíciles de precisar y los estudios en sociolingüística nos demuestran cómo, muchas veces, el habla cotidiano se escabulle de las definiciones “oficiales” de la lengua. Por eso creo que lo que indica esta recurrencia a la “imposición”, mucho antes de fijar su validez en las interacciones masculino-femeninas, son las condiciones generales vigentes en el MC, para ese intercambio. Obligación o noticia, ésta aparece como la contra-respuesta fuerte a su “ninguneo” (no ser tenidas en cuenta). Esta contra-respuesta se apoya, en la mayoría de los casos, en algunas características personales (temperamento, tono de voz, perseverancia) y en menor medida, en resoluciones grupales (alianzas de género para llevar adelante determinadas iniciativas).

Entre tanto, es raro que las mujeres puedan compartir en igualdad sus puntos de vista con los hombres, de modo que la articulación con las propuestas masculinas es aún escasa; porque, aunque cueste admitirlo, lo que todavía se está discutiendo, detrás de cada polémica es el lugar de las mujeres en la producción de ideas y de actos. Mientras ellas luchan por dar a conocer sus proyectos sobre tal o cual asunto cooperativo, económico, técnico, etc., por detrás de sus planteos y en el entramado de la relación social de la que son parte, está latente el debate sobre la *legitimidad de su palabra*.

Pasaré ahora al segundo punto, referido al *sentimiento* como rasgo fundante del modo específico de participación femenina.

Durante siglos las mujeres fuimos identificadas con el mundo de los sentimientos, nuestro ser era la misma emoción. Esta ontología sirvió para delimitar la esfera de influencia femenina, donde esa forma de ser emocional mantenía su legitimidad: la familia, el hogar, la crianza de los hijos y el cuidado del marido. Por extensión, ese discurso también nos señalaba que el “ser racional” estaba en otro sitio, tenía otra corporeidad y otras zonas de influencia. Su cuerpo era el masculino, su campo de acción, el mundo público. Al cabo, esa ontología marcada, escindido en un conjunto de series binarias (emocional/racional, naturaleza/cultura, oscuridad /luz, pasividad /agresividad¹³, etc., nos colocaba del lado de una imposibilidad: la del razonamiento y la capacidad de acción en la vida pública.

Este constructo histórico ha madurado su propia negación. Así, las mujeres damos igualdad, participación en el mundo político, derecho a desarrollar todas nuestras potencialidades. Dos siglos de feminismo teórico y práctico nos han instalado en un mundo con cada vez menos restricciones legales para las mujeres. Sin embargo, ese mundo sigue siendo extraño a la participación femenina. Con lentitud, empieza a verse que la deseada igualdad precisa ser constructiva para ser auténtica, que la sola “integración” a un modelo prestablecido, supone adaptación a, aprendizaje de, y muy poco espacio para el desarrollo de la impronta particular.

Los valores femeninos, atribuidos a las mujeres en un gesto de lateralidad histórica, fueron practicados y enriquecidos por nuestras antepasadas, en el estrecho ámbito de par-

(13) Pesenti, M.: “La Teoría Antropológica y la Perspectiva de Género”, en: Grassi, E. (comp.), *La Antropología Social y los Estudios de la Mujer*, Ed. Humanitas, Bs. As., 1986.

ticipación que se les adjudicó. Hoy, cuando las mujeres salimos a la esfera pública, traemos con nosotras ese saber acumulado: el fundamento afectivo de la convivencia humana.

Esta irrupción sentimental de las mujeres, produce cierto desorden en un espacio definido por otros valores (éxito, eficacia, velocidad). Genera resistencias y rechazos, además de plantear, junto a la caída del muro milenario que separaba la casa de la calle, la redefinición social de los papeles masculino y femenino.

Las mujeres cooperativistas, al irrumpir con sus prácticas plenas de sentimiento, lo hacen en un espacio político -el MC- que asume como propios los valores solidarios¹⁴. Es decir, la socialización de aquellos sentimientos de protección de la vida y de ayuda al prójimo, secularmente cultivados por las mujeres con el ámbito doméstico. Por eso ellas consideran -sin error- que el movimiento es un espacio adecuado para su propio desarrollo social.

En los documentos consultados, el ejercicio de esta solidaridad abarca cuatro esferas de concreción: vecinal, nacional, internacional y de género.

“Nuestra Comisión de Promoción de Participación de la Mujer en el Cooperativismo ha tomado como tarea la solidaridad hacia América Latina: Respaldó la formación del Hospital Materno Infantil ‘Berta Calderón’, en Managua, prestó solidaridad en la villa ubicada en Retiro a través de la Fundación Amero Rusconi, ayuda actualmente a distintas ollas populares en zonas del Gran Buenos Aires”. (La mujer y la solidaridad a través del Cooperativismo, ponencia presentada por la CPPM¹⁵-, en el IV Encuentro Nacional de Mujeres, Rosario, 1989).

“... Evaluar mejor las inquietudes de las mujeres del sector y la posibilidad de relacionar sus problemas con los que afectan a mujeres de otros sectores”. (Taller de Capacitación para Dirigentes Cooperativistas, 30-3-90, grupo N° 7, Arch. CPPM).

A su vez, la integración entre lo público y lo privado, el ordenamiento no jerárquico ni excluyente de cualidades humanas como sentimiento y razón, parece ser el correlato de la inclusión progresiva de las mujeres en un mundo antes definido como “de los hombres”.

“... a todo lo que decidís hacer, en tu familia, en tus actividades, en tu núcleo social, si vos no ponés nada más que tu figura, nada más que la parte de uno material, el cuerpo y... si no ponés lo que va adentro, que es la partecita que le da forma distinta a cada cosa, no tiene valor, es como que le falta la vida [...] Si vos ves que es una persona que anímicamente está... la notás que está triste por algo, entonces, le preguntás o le decís una palabra de cariño o un gesto, todo eso, en toda actividad...” (Luisa)

“... me da la impresión de que hay que recuperar el valor del sentimiento, no preocuparnos de ser mojigatos o... si nosotros hacemos encuentros fraternales, en cuanto a que a lo mejor, en una reunión se festeja un cumpleaños de alguno de nosotros... recuperar eso, esos niveles de sentimiento que yo creo que, a veces, los dejamos de lado [...] encontrás

(14) Véase Lambert, P., *La doctrina cooperativa*, p. 80, Intercoop Editora, Bs. As., 1975; Belaud, C., "Formación de Capital: El desafío para la práctica y teoría cooperativa, en: *Revista Idelcoop* N°70-71, Rosario, julio-diciembre, 1991.

(15) *Comisión de Promoción de la Participación de la Mujer en el Movimiento Cooperativo CPPM (en adelante, citada con esta sigla), fundada en 1984. en el seno del IMFC.*

también otra forma de integración, porque el afecto es una forma fundamental, entonces, yo creo que tenemos que encontrar formas que no nos tienen que preocupar, al contrario, a veces, a nosotros nos puede llegar a avergonzar conmovernos más por alguna cosa o tener que llorar por determinada situación, que las emociones no nos preocupen, que nos enriquezcan...” (Clara)

Simultáneamente, y como en espejo con ese amplio despliegue solidario, la mayoría de las mujeres entrevistadas rescatan una variada gama de retribuciones recibidas por su trabajo cooperativo. Una gama que va del propio placer de ayudar y ser útil a los demás, pasando por la compañía y apoyo en momentos anímicamente duros para ellas, hasta el reconocimiento efectivo de sus capacidades o la aplicación práctica en su cotidianidad, de nociones adquiridas en el interior del MC:

“... todo lo que nosotros recibimos me parecen elementos muy útiles para analizar la realidad, que incluso me sirvieron para mi vida particular, para tomar decisiones a tiempo”. (Analía)

“... me gustó que la gente, de pronto, pusiera una responsabilidad, pequeña, pero era una responsabilidad, y yo también tenía que responder”. (Luisa)

“Yo, gracias al MC superé problemas personales, la, muerte de mi esposo, de mi madre, porque tenía que participar, tenía esa responsabilidad -porque soy de palabra- y después me sentía muy bien”. (Lucía)

“Yo me siento cómoda, incluso tuve unos períodos medio de bajones depresivos y cuando venía acá, me reunía y como eran problemas diferentes a los de la empresa, me sentía bien, porque no era mi problema solo, eran muchos problemas o muchas cosas lindas que conversaba”. (Sara)

“Cuando falleció mi mamá, cómo diablos no lo sé, pero las primeras personas que tuve al lado fue la gente de aquí, los tuve tan rápido al lado y así, tan piel a piel, que sentí que... o sea, son cosas que te ayudan, te reconfortan en momentos realmente [...] son esas las pequeñas gratificaciones que te da el trabajo que vos estás realizando [...] si estamos haciendo esto, que nos lleva tiempo, desgaste y no nos representa un mango, es porque nos gusta...” (Marcela)

Otras características de la participación femenina

Ligado al tema de la solidaridad como foco de atracción para las mujeres, podemos observar que en el MC, la presencia femenina se concentra en su base (Comisiones de Asociados y Secretarías locales) y que decrece a medida que se va escalando la pirámide organizativa, tanto a nivel local (cargos en el Consejo de Administración o la Mesa Ejecutiva), como en organizaciones de segundo orden (representación en instancias zonales, federales o cargos directivos a nivel del IMFC). Para situaciones parecidas, en otros campos de acción social, existen conceptualizaciones que hablan de un “techo invisible”: Nada ni nadie impide el acceso, pero llegado un límite, a determinados actores, les es imposible traspasarlo¹⁶.

(16) *García de Fanelli, A.M., Empleo Femenino en el Sector Público Argentino, ponencia presentada en el panel "Women at Work in Latin América", LASA, XV Internacional Congress, San Juan, Puerto Rico, 21-23 de septiembre, 1989.*

A la vez, dentro de lo que sería la participación de base de las mujeres, su labor se hace sentir en secretarías consideradas “no técnicas”, tales como Educación, Cultura, Relaciones Institucionales: mientras que su presencia es excepcional en las consideradas “técnicas”, como por ejemplo, Finanzas. Aquí, en lugar de “techo”, podríamos hablar de “paredes”. Un techo y algunas paredes invisibles, entonces, en la participación cooperativa femenina.

“... Lo que pasa es que me pidieron que fuera allá, como que 'esto te corresponde a vos' [...] esta Comisión de Educación era casi un coto de mujeres ... es algo que se asocia mucho. ¿Viste? , la madre, la maestra...” (Silvia)

“... en la de Cooperativismo, netamente, hay más mujeres , en la de Medio Ambiente hay bastantes hombres, en la Administrativa, que trata la parte económica, son todos hombres, y en la técnica, también, porque discuten qué adelantos técnicos se pueden hacer...” (Noemí)

Me gustaría desmenuzar cuánto de elegido y cuánto de impuesto hay en este tipo de participación.

Numerosos testimonios hablan del “determinismo” padecido por las mujeres, al ser enviadas a las secretarías de Educación, cuando comienzan sus prácticas cooperativas, un “determinismo” que se confirma por el hecho de que la mayor parte de las mujeres entrevistadas, en algún momento de su participación, han circulado por esa secretaría¹⁷. A algunas de ellas, desde luego, les atrae el tipo de tareas que desenvuelven allí, otras, esperan con ansia la “oportunidad” de migrar hacia las áreas “técnicas” (de mayor contenido económico-financiero o administrativo).

Una situación interna se da, para el caso de los bancos, con la secretaría de Control Interno. Una secretaría ligada al contacto directo de personas (empleados), dentro de límites precisos (la filial) y relacionada con algunas cuestiones técnico-administrativas (verificación de gastos, inversiones y erogaciones de la sucursal). ¿Por qué digo intermedia? Porque me parece que reúne algunos rasgos desarrollados por las mujeres como resultado de su circunscripción cultural, con asuntos propios del área “económica”. Una reflexión de la psicóloga Clara Coria puntualiza:

“(La división público-privado)... contribuye a que las mujeres se ejerciten en el dominio de aquellas actividades relacionadas con lo doméstico, los afectos y el control directo de personas en un espacio restringido”¹⁸.

Así, si se enfoca a esta secretaría como desvinculada de la acción comunitaria, se percibe que, en escala, ha resultado más permeable al acceso femenino que el resto del área económico-técnico-administrativa. En el reverso de esta incursión por territorios poco frecuentados por las mujeres, lo que se evidencia es el carácter común de la participación femenina, vale decir, una participación acentuadamente horizontal y social.

Una manera alternativa de analizar la “baja” participación de mujeres en el MC –“baja”, por numéricamente insuficiente, pero además, por extendida en la base-, sobre todo en

(17) Véase Anexo.

(18) Coria, C., *Los grupos de reflexión de mujeres: Instrumentos de prevención en salud mental*, p.274, en: AAVV, *Estudios sobre la Subjetividad Femenina. Mujeres y Salud Mental*, Grupo Ed. Latinoam., Bs.As., 1987.

relación a un pasado inmediato (siete a ocho años atrás), puede buscarse en la crisis económico-social que envuelve al país y, por inclusión, al MC, y particularmente, a sus bancos. Si la comentada crisis de principios cooperativos inalcanzados, a partir de la transformación de las Cajas de Crédito en Bancos, vía decretos de la dictadura militar (1976-1983) y políticas de ajuste económico, implementadas por las democracias restringidas del actual período¹⁹, llevó en los últimos años a una disminución relativa de las actividades sociales del movimiento (extensión cultural, acción comunitaria, solidaridad barrial) y si, tal como acabo de sostener, ese área es la más atrayente para las mujeres, es dable esperar, entonces, una baja en su participación cooperativa, al haber decaído, en tanto, las actividades del área de su mayor interés.

Por otro lado, si para el nivel horizontal era posible identificar cierta diversificación (Relaciones Institucionales, Educación, Control Interno), para el nivel vertical (cargos representativos y/ o jerárquicos) la “baja” participación resulta mucho más homogénea.

En páginas anteriores, dispersas entre otros temas, se han podido leer frases como: “Las mujeres no quieren cargos electivos”²⁰ y en varios testimonios se aborda el tema desde un punto de vista similar:

“Yo creo que la participación se da desde la base [...] la verdadera dirigente es la que está en su filial, sabiendo qué hacer con el socio, ésa es la verdadera”. (Marta)

“No me gusta tener la responsabilidad de un cargo, es mejor hacer las cosas voluntariamente, sin obligaciones”. (Susana)

“Yo, hasta el año pasado fui secretaria. Este año, para tener un poco más las manos libres, y para no enquistarme, no estar tantos años, pensé que era mejor buscar relevo, después me arrepentí porque pusieron un Consejero. ¡Ahora la Mesa Directiva no tiene mujeres!” (Noemí)

Tres cuestiones me parecen relevantes en estos testimonios, porque nuevamente, hablan de la experiencia femenina en pugna por dejar su propio seno:

1. La relación dirigente-base.
2. El carácter voluntario de la participación.
3. El ceder el paso a nuevos dirigentes.

A juzgar por estas citas, pareciera que las mujeres optaran por evitar los cargos, las responsabilidades directivas, para permanecer en la base. Es ésta una lectura posible, aunque demasiado inmediata. Otro modo de analizar el punto, lo constituye el pensar que es la propia estructura organizativa del movimiento (con su cuota de burocratización, despersonalización, etc.) la que expulsa, entre otros²¹, a las mujeres. Una lectura en-

(19) Véase Gambina, J.C., "El Cooperativismo en la Encrucijada de los '90", en: *Revista Idelcoop*, N°70-71, Rosario, julio-diciembre 1991; Bonaparte, H., "Participación Democrática y Experiencia Cooperativa", en: *Revista Idelcoop* N° 72, Rosario, enero-marzo, 1992.

(20) Véase *supra* p. 19.

(21) Véase Bonaparte, H., "La participación democrática y la experiencia Cooperativa en Argentina", en: *Revista Idelcoop* N° 69, Rosario, abril-junio, 1991.

tre líneas de estas argumentaciones femeninas, podría estar indicando que una organización hipercuadrada y jerarquizada, tiende a generar una dirigencia sin base, sin pasión y sin jóvenes. El hecho de agudizar situaciones de despersonalización tan comunes, por otro lado, en las prácticas organizativas de la sociedad global, puede ser que contribuya a que las mujeres se mantengan al margen de las vías de ascenso. Pero tampoco habría que pensar que ellas no se regocijan con el acceso a cargos de mayor compromiso:

“... me causó muchísima alegría ese nombramiento, porque yo me decía 'siempre suplente, siempre suplente'...” (Paula)

La voluntad de saber: una estrategia femenina

He hablado, hasta el momento, de imágenes construidas por las mujeres en torno a los problemas relacionados con la no-participación y de imágenes construidas por ellas sobre lo que acontece cuando esa participación se pone en juego. He revisado también otras imágenes posibles de elaborarse desde la labor investigativa. Abordaré seguidamente, el tipo de respuestas diseñadas por las mujeres para resolver el retraso participativo del sector. La primera de ellas hace hincapié en la capacitación, como modo primordial de abrir posibilidades para las mujeres.

Antes de pasar a los testimonios, diré que esta estrategia femenina se encuentra firmemente avalada por el lugar de privilegio que la educación ocupa en la propuesta global del MC, que tiene amplio consenso entre las mujeres y que se presenta como correlato lógico respecto de las imágenes construidas sobre la no-participación que -como viéramos- arraigan, entre otras ideas, en la de la automarginación femenina.

“... si educamos a las mujeres que tenemos a que sepan convivir, que sepan imponerse en una reunión, después el hombre aprende, a nosotros nos costó mucho, no fue así, todo fácil [...] Primero hay que hacer los dirigentes o las políticas o lo que sea, yo creo que la capacitación es fundamental”. (Marta)

“... 'la mujer no participa', hay que ver qué mujeres no participan, en qué no participan [...] Hicimos un curso en 9 de Julio y había todas mujeres entre 18 y 25 años y un solo hombre. ¿Entonces? Las mujeres no participan en actividades masculinas: militancia, actividades en la calle...” (Teresa)

“La capacitación te da seguridad. Si vos manejas un nivel de conocimientos, tenés más seguridad para expresarse, si no, el desconocer ya te inhibe”. (Clara)

“Yo creo haberme preparado con todos estos cursos y seminarios a los que he asistido, como para ocupar un lugar por mi capacidad o no”. (Marcela)

“[esperamos]... que este tipo de reuniones tenga continuidad, para que las mujeres podamos, junto a los hombres, concretar una sociedad más solidaria, sugerimos que se realicen con cierta frecuencia talleres sobre los medios de información (análisis críticos)”. (Taller de Capacitación de Dirigentes Cooperativistas, 31-3-90, grupo N° 9, Arch. CPPM)

“... esta orientación e información nos facilitará poder tener dentro del movimiento un mayor protagonismo efectivo. En especial, en lo que afecta a la mujer: el trabajo, la carestía de la vida y los derechos humanos”. (Idem, grupo N° 1)

“[esperamos]... aprender, clarificar y tener ideas claras y concretas acerca del rol del cooperativismo para ser verdaderos transmisores del movimiento y fundamentalmente, fomentar la participación de la mujer” (Idem, grupo N° 6)

Estos testimonios aportan varios temas. En primer lugar, que las mujeres participan masivamente de los cursos de capacitación, implementados por las organizaciones cooperativas. Puede pensarse que es casi una actividad “femenina”. Además, apuestan a la continuidad y profundización de este tipo de emprendimientos (cursos, talleres, encuentros informativos). Ahora bien, ¿qué es lo que esperan obtener de esa capacitación? Seguridad, mayor protagonismo, fortaleza personal, desenvolvimiento práctico en las reuniones, claridad ideológica, logro de posiciones (“ocupar un lugar”). Vale decir que se visualiza la capacitación como un instrumento de proyección social, el puente para sortear el desequilibrio que conduce a la postergación de las mujeres. Llegamos así, al intrincado nudo de relaciones que se establecen entre *saber* y *poder*.

En un interesante trabajo sobre la participación cooperativa, que ya citara, Héctor Bonaparte sostiene, siguiendo a Foucault: “Es muy probable que quien domina la información, domine la organización”²². Ciertamente, es muy probable, aunque no siempre probable.

Las mujeres podemos dar cuenta de ello. Para nosotras, con especial fuerza, se hace palmario que no basta alcanzar la excelencia informativa, la idoneidad suficiente, el “saber”, para disfrutar por eso de situaciones de poder. Si esas adquisiciones y elaboraciones cognitivas no se acompañan de cambios en la estructura de dicho poder, nuestro lugar, como género sexual, continúa siendo un lugar inorgánico, desplazado respecto de la estructura dominante, y por tanto, difícil de transformarse en dominio de la organización.

Es claro que quien domina, domina a la vez un saber -porque lo genera, consagrándolo como saber dominante. En el reverso, disponer o participar del saber dominante, no garantiza el ejercicio pleno de ese poder, aunque sí crea mejores condiciones de acceso a él y un entorno ilustrado donde entrever sus claves y gozar de ese status semiexclusivo. Sin embargo, y como desde luego, el poder no se hace sólo de saber, los trípodes materiales que dan lugar a la generación y reproducción, entre otros bienes, del saber, conservan su extranjería para quien busca alcanzarlos mediante el conocimiento y sólo el conocimiento, puesto que “el poder” se lo conquista/construye, además de con sabiduría, con una fuerza social que haga valer sus intereses. Unos intereses que serán culturales, sí, pero también, económicos, políticos, ideológicos y sociales²³.

Para acercarnos a estas reflexiones al presente trabajo, se podría decir que las mujeres que han asistido a cursos de capacitación, talleres y seminarios, están en mejores condiciones para disputar poder que *aquellas que no los han realizado*. Y esto, no sólo por el monto de nociones curriculares adquiridas, sino, además, por la red de relaciones, códigos y saberes informales que esa asistencia construye.

Las “mejores condiciones” cambian cuando la comparación se instala no respecto del resto de las excluidas, sino, respecto de quienes no sufren la exclusión. Las mujeres que han participado de equis cantidad de cursos o similares procesos cognitivos, por norma,

(22) Bonaparte, H., *op. cit.*, 1991, p. 89.

(23) Para un análisis crítico de la concepción del poder en Foucault, véase Poulantzas, N., *Estado, Poder y Socialismo, Siglo XXI Editores, México, 1979.*

no están en mejores condiciones para disputar espacios de poder, que aquellos hombres que no los han realizado. Por línea general, estarán en iguales condiciones, pero habiendo invertido mucho más esfuerzo.

Pueden servir como término relativo de comparación, las conclusiones de la CEPAL, sobre las diferencias de ingresos entre ambos sexos, según las Encuestas de Hogares de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Uruguay y Venezuela, realizadas en 1980 y 1986, (los subrayados me pertenecen):

“... a) El ingreso horario de la mujer es sistemáticamente inferior al del hombre en todas las subáreas nacionales examinadas y *cualquiera sea el nivel de educación alcanzado* [...]

... d) La observación de los valores absolutos de la capacidad equivalente mensual de los ingresos para ambos sexos en el último año disponible indica que *los ingresos horarios de la mujer con nueve años o menos de escolaridad son menores que los del hombre con cinco años de escolaridad en todos los casos analizados*.

Los resultados no dejan dudas acerca de un trato discriminatorio generalizado hacia la mujer en el mercado de trabajo. En estudios de la CEPAL se ha verificado que *tal discriminación se presenta sistemáticamente en todos los grupos ocupacionales* [...].”

La mujer adulta, por el sólo hecho de serlo tiene, en conjunto, una *desventaja relativa en sus ingresos horarios respecto del hombre, equivalente a alrededor de cuatro años de educación formal*. En tales circunstancias, el fuerte crecimiento de la matrícula femenina y el hecho de que la mujer tienda en general, a alcanzar niveles educacionales más altos que los del hombre, se puede interpretar como una respuesta alternativa a una realidad laboral que les exige una incorporación de conocimientos mucho mayor para obtener en el mercado los mismos beneficios que sus pares del sexo opuesto²⁴.

Está claro que nuestro tema no es la situación de las mujeres en el mercado laboral, pero esta larga cita puede brindar proyecciones interesantes, desde otros ámbitos de desempeño femenino, para analizar una problemática que, con sus matices se reitera cuando se trata de las relaciones entre los sexos. Como también está claro, el MC no es un mundo aparte respecto de la sociedad global, y cierta línea de puntos puede trazarse entre las conclusiones de la CEPAL y los interrogantes que plantea la secuencia mujeres- capacitación-participación en el movimiento. Por ejemplo, podríamos preguntarnos cuál es la tasa de retorno, para las mujeres, de sus inversiones culturales, no en relación a sus retribuciones económicas (para este caso, inexistentes), sino en relación a los cargos dirigenciales ocupados por éstas. Si resulta evidente que esa tasa es misma, no lo es tanto el modo en que se frustra ese retorno equitativo. No obstante, una asistente a los talleres promovidos por esta investigación comentaba:

“En octubre hay elecciones, para mí, el nuevo presidente tiene que ser Margarita, no veo a ningún otro que pueda ocupar el cargo, pero las listas ya están hechas, son todos hombres”. (Susana)

(24) CEPAL, *La Transmisión Intergeneracional de las Oportunidades de Vida en la Década de los '80, Santiago de Chile, 1990, en: Notas sobre Economía y Desarrollo N° 513-514, agosto-septiembre, 1991. También García de Fanelli, op. cit., p. 27, afirma: "El capital humano acumulado por las mujeres en educación formal tiene una tasa de retorno en términos de logro ocupacional inferior a la de los varones las menores chances se acentúan en el grupo de empleados con título terciario"*.

Otra forma de analizar esta estrategia es en relación a los logros respecto de sus pares de género. Había sugerido que las mujeres participantes de cursos de capacitación están en mejores condiciones para disputar poder, que aquellas mujeres que no los han realizado. Surge aquí, que aunque los cursos susciten una asistencia masiva, *la capacitación es una estrategia individual* para responder a los efectos de la discriminación. No pienso que por ser individual pierda validez la estrategia, ya que ésta aporta a quien la realiza, una serie de beneficios sumamente apetecibles, lo que señalo es que, por su carácter individual, no consigue resolver un conflicto que es *social, político, económico y cultural*.

Las mujeres encontramos en el interés por la capacitación, en la masiva presencia en carreras universitarias de corte humanista, en los generalizados hábitos de lectura para ciertos sectores sociales, la posibilidad de construir una subjetividad que rompa el corsé tradicional del rol materno como lugar excluyente de proyección femenina y que lo amplíe al conjunto de la diversidad cultural²⁵. En este sentido, la estrategia de capacitación es un camino abierto al goce intelectual y a la autoestima de las mujeres. Capacitarse, pues, es una opción válida y me interesa subrayarla como camino transitado y a transitar por el conjunto de las mujeres cooperativistas.

Pero hay otros aspectos que me gustaría recorrer. La capacitación como recurso individual -y en una sociedad tan segmentada, estrechamente ligado a cierto uso antidemocrático del poder (el saber abriendo las puertas del dominio *sobre los otros*)- se desliza con facilidad hacia la *competencia*. Esto no es novedoso en un sistema socio-económico que erige a esa práctica en el fundamento de la “sociabilidad” humana. Sólo que el MC se asienta, desde Rochdale y los socialistas utópicos, en un principio contrario: la solidaridad.

¿Cómo hacer, entonces, para que la capacitación -recurso y placer- no sea una carrera competitiva, con sus lenguajes secretos, sus códigos restringidos, y sí, el acceso democrático al saber formal e informal, el enriquecimiento solidario de las /los cooperadores?

“Desgraciadamente, en el movimiento, uno hace un aprendizaje, un autoaprendizaje, diría yo. No está demasiado preparado para que la gente reciba conocimientos, los va recibiendo por lo que va viendo los vas viendo solo, por lo que vas viendo en otros compañeros, en gente más antigua, pero no porque alguien se dedique a transmitirte los conocimientos, es una carencia que creo que debe ser incorporada, sobre todo en el control de gestión; desde lo institucional sí, yo he recibido más capacitación que en lo que hace a control de gestión”. (Analia)

Por otro lado, muchas de las informantes manifiestan que esperan ser reconocidas en su entorno “por su capacidad”, es decir, por sus valores individuales, más allá de su sexo, lo cual es legítimo desde todo punto de vista. Pero, a la vez, esa expectativa está suponiendo la existencia de un medio social sin jerarquías sexuales y de unas posibilidades de “competencia” sin desigualdades de partida²⁶; suposición que, a mi modo de ver, coloca a esa estrategia en la senda de su propio fracaso colectivo, puesto que intenta mediar ante las estructuras de poder vigentes -desequilibradas y jerárquicas (reunirnos “tipo hombre”, pre-eminencia de la palabra masculina)- como si tal desequilibrio no existiera.

(25). Véase Burin, M., *Otros deseos constitutivos de la subjetividad femenina*, en AAVV., *op. cit.*, 1987.

(26) Pesenti, M., *op. cit.*, p. 39.

Otro asunto a considerar respecto del tema de la capacitación lo constituye el referente a que tal *saber* es un bien a adquirir en cursos, seminarios y/ o redes no-formales de información. Puede pensarse que las mujeres, al colocarse frente a este “saber” en situación de carencia, de ignorancia, soslayan su propio saber histórico y sus propias redes de intercambio y de producción de conocimientos. Con Burin²⁷, entiendo que ese *saber de las mujeres* (que la tradición anglosajona denomina *patchwork*: obra de retazos) se construye a partir de fragmentos e incluso de “residuos” de la cultura dominante, y por la elaboración espiralada de una dialéctica que va, del mundo cotidiano y aprehensible de /por las mujeres, al saber oficial, y viceversa. Descubrir o liberar ese saber parece ser parte del reto femenino del autoconocimiento.

En relación a este último punto, creo de provecho concluir el análisis de la capacitación en el seno del MC, compartiendo la siguiente reflexión de una de las entrevistadas:

“Yo creo que una de las contras que tiene el movimiento progresista es la intelectualización de todo... todo ha pasado tanto por lo intelectual, y la mujer -no es que no sea intelectual o que las cosas no le pasen por la intelectualidad-, pero tiene necesidades muy concretas y, justamente, en estos sectores progresistas no las ve satisfechas, es decir, cosas de todos los días. Por eso yo hablaba antes de la validez de los talleres²⁸, porque en la cosa de todos los días, es donde vamos a ir ganando la participación de la mujer, cuando podamos entender, podamos acercarnos a esas necesidades concretas. Vos fijate que los sectores progresistas siempre apuntan a la cosa global, “la paz en el mundo”, “los derechos humanos”, parece como algo demasiado totalizante... ¿Y todo lo que uno puede llevar adentro, de sus necesidades o del grupo... ? Como que no se ha podido ensamblar”. (Analía)

¿Agrupaciones de género o formaciones mixtas?: Un debate femenino

Comenzaré a analizar ahora, un segundo orden de estrategias diseñadas por las mujeres para hacer frente a su exclusión. Si bien éstas han sido ya puestas en juego, se encuentran en el centro de un debate intragenérico, sumamente interesante de conocer y profundizar.

Existe un sector entre las informantes que contempla, busca o impulsa la organización de mujeres, con acento en su identidad de género, como forma de invitación y acercamiento participativo. Los argumentos suelen referirse a la especificidad de las mujeres, pautada por su forma de vida y por el rol asignado dentro de la sociedad (doble jornada, multiocupación, horarios propios), como así también a la confianza, la autovaloración y la posibilidad de intercambio de experiencias que esperan encontrar en dicha forma organizativa:

“Cuando aquí quisimos hacer actividades para mujeres, porque las mujeres entre ellas, sin hombres, se sueltan más, cuestionaban que fueran sólo de mujeres. Al final, no se hizo nada. Los hombres no lo permitieron porque no nos querían dejar solas [...] Esas reuniones a mí me gustan porque las mujeres exponen sus problemas o sus actividades, se las puede criticar, se las puede tomar como ejemplo”. (Sara)

“(la experiencia de la CPPM)... fue muy buena, hicimos actividades de todo tipo, no solamente actividades como charlas, conferencias, hicimos también seminarios, seminarios para capacitar a la mujer en distintas áreas y yo creo que hubo muy buena respuesta,

(27) Burin, M., *Sobre la pulsión epistemofílica y el deseo de saber en las mujeres*, p. 177, en: AAVV, *op. cit.*, 1987.

(28) Véase *infra*, p. 41.

siempre tuvimos gente, en épocas de grandes crisis en las actividades de la Comisión había gente ... vos viste, la reunión del otro día²⁹, la cantidad de gente que había... Es un tema que realmente preocupa”. (Silvia)

“... y, al principio, no fue bien visto, de parte hasta de las mujeres, algunas mujeres dijeron para qué tratar del tema de las mujeres “aparte”, hubo oposición: 'si queríamos que la mujer participara de igual, ¿por qué separarla del hombre?' [...] Nosotras lo teníamos claro, decíamos que la mujer tiene que participar al igual que el hombre, pero que la problemática de la mujer es distinta que la del hombre, entonces, abordar el tema de la mujer para después incorporarla de igual, ¿no?”. (Marta)

“Hay razones que a veces obligan, los horarios de las mujeres son distintos, las necesidades y cosas... [...] Es ideal participar en conjunto, pero a veces la realidad te impone que las mujeres pueden reunirse en un horario y los hombres en otro, entonces, dejemos esa posibilidad abierta, que no haya tanta rigidez y que, bueno, si se puede, que trabajen todos juntos... pero sabemos que los hombres nos llevan bastante la delantera, entonces, también hará falta que las mujeres, todas juntas...” (Noemí)

“... hay una realidad que es totalmente adversa para el hombre y para la mujer, ante esa realidad estamos juntos, o sea, no solamente es válida la asociación de mujeres, sino, una inserción de la mujer en el conjunto. Yo no creo que haya incompatibilidad, que porque existe una organización feminista esté en disputa con otras organizaciones de la sociedad, hay que coordinar las actividades, tiene que haber una organización o áreas o hechos que destaquen la situación de la mujer”. (Clara)

“... tengo una compañera abogada que el año pasado me decía: 'Tenemos que organizar algo para que la mujer separada tenga un ámbito donde pueda expresar su problema, pero, además, también encuentre soluciones, porque es muy grave -me decía- lo que le está sucediendo a la mujer divorciada que en la mayoría de los casos carga no sólo con el trabajo de los hijos, sino con el mantenimiento, es muy común que el marido se borre'. Y yo, es algo que me quedó, a ver cómo podríamos encarar una cosa de éstas. No tengo experiencias, pero creo que es válido y que tiene que surgir como necesidad de las mujeres. Yo no creo en las cosas impuestas, claro que a la gente hay que darle la oportunidad que se junte, a lo mejor, es una forma de convocarla... pero, a veces hay gente que no sabe que esa necesidad la puede canalizar a través de una cosa como ésta, de un taller, donde puede encontrarse con el otro, que tiene su mismo problema y que juntos, a lo mejor, lo van a resolver más fácil que en forma individual”. (Analía)

Otra línea de pensamiento, también evidenciada en el registro empírico, discute específicamente el anterior grupo de argumentaciones, con énfasis en la necesidad de evitar la perpetuación de grupos segregados, tendiendo, más bien, a la realización de tareas mixtas en cuanto a la composición de género, como forma de superar la discriminación:

“Yo no trato de separar las cosas, tan así 'de las mujeres', siempre fui en contra de la Comisión de la Mujer -no porque me parezca que esas mujeres son valiosas, creo que muy valiosas-, pero creo que no aporta, la separación no aporta para nada a la integración de la mujer [...] Sí, lo que intentamos es mayor participación, pero no separados

(29) Se refiere al acto correspondiente al Día Internacional de la Mujer, realizado en el IMFC, el 10-3-92. con la presencia de Alejandra BoEro, Norma Morandini e Irene Iztovich como invitadas.

creo que ambos son valiosos en cuanto al aporte que pueden hacer a la sociedad, a sí mismos, es decir, no creo para nada en una cosa separada ni feminista, creo que la mujer puede perfectamente ocupar su lugar y estar integrada”. (Analía)

“Tengo un marido cooperativista, un día me dijo por qué no participaba con él; se hizo una cena de parejas (era para enganchar a las mujeres), allí se planteó por qué no se vinculaban al banco a la Comisión de Asociados. Yo dije que sí, que quería participar para estar al lado de mi marido... Alguien dijo (un hombre): 'Formen una Comisión Femenina de la Mujer...', algo así, yo ahí salté porque iba a ser un estanco dentro de la Comisión de Asociados, dije que mi lugar era al lado del hombre y las otras mujeres no me apoyaron”. (Graciela)

“Yo creo que deben estar juntos hombres y mujeres. ¿Comisión de la Mujer?, ¿para qué, qué va a tratar ... ?” (Laura)

“Para mí, actividades para la mujer sola no sirven y no participaría de ningún encuentro de participación de la mujer cooperativista, así como no participo de ningún grupo feminista, pese a que soy profundamente feminista [...] Yo creo que para terminar con esto, hay que dirigir las actividades a la gente que quiere hacer cosas, nenas o renes. Una chica que es psicóloga social quiso hacer un curso de reflexión para la mujer, y nosotros, (con otro muchacho) lo pusimos en duda. Yo creo que no hay que segregar, a veces pienso que lo que se hace para rescatar a la mujer es contraproducente”. (Teresa)

“Me pasó hace muchos años, me llamaron para que viniera a charlar con una persona que en ese momento estaba realizando un departamento de la mujer. Entonces, me propuso -era un hombre- integrar el departamento [...] yo le dije: 'Mire, fulanito, no se ofenda, pero yo creo que no tiene por qué haber un departamento de la mujer... Porque ¿qué va hacer ... ? ¿va a enseñar a cocinar, a tejer....? ¿Qué vamos a organizar, un té canasta?, y todos esos temas que hacen al movimiento en general, ¿los van a seguir manejando nada más que los hombres ... ?” (Marcela)

Como puede notarse, existe una polémica bastante profunda sobre este tema, instalada en el interior del MC.

Puesta a respetar diferencias y apreciar matices, se hace dificultoso, aun para el trabajo investigativo que realizo, seguir las líneas de coherencia que van por detrás de estos discursos. Ante la necesidad expositiva de reunir las opiniones recabadas, en dos grandes tendencias que aclaren los puntos de vista en debate, alguna de las entrevistadas aparece en ambos grupos abonando ambas argumentaciones. No es éste un error de compaginación, mucho menos, por cierto, un “error” de la informante. Por el contrario, conservar en la por transcripción escrita, las impresiones (a veces ambivalentes) obtenidas en el trabajo de campo, me pareció una forma de ilustrar el momento por el que atraviesa ese debate y con tal fin, decidí respetar ese posible equívoco. Por otro lado, dentro de cada corriente de opinión, también es posible constatar distintos niveles de flexibilidad.

Pasaré revista a los nudos argumentales de las propuestas organizativas en pugna, para conocer sus correspondientes pretensiones de validez, y, de ser posible, evaluar qué es lo que se está discutiendo entre las mujeres que apoyan las iniciativas de género y aquellas otras que las critican: cuando es claro, sobre todo, que ambos grupos de opinión comparten el objetivo de la mayor participación femenina.

A mi juicio, lo que el registro empírico muestra es una captación diferencial del valor social de las agrupaciones femeninas.

Si un sector rescata la evolución participativa interna de las mujeres en el MC, evolución que va desde la ausencia inicial de socias-dirigentes, pasando por la “Comisión de Damas”, de funcionamiento lateral a las estructuras convencionales del movimiento, hasta su integración como “socias” en las Comisiones de Asociados y la posterior formación de la CPPM, en una línea que, desde sus objetivos plantea la participación igualitario de las mujeres respecto de los hombres, en la resolución de los temas de mayor envergadura del MC; el otro sector visualiza la organización de mujeres en espejo con los “Clubs de Madres”, que las fijan a su rol tradicional aislándolas de las grandes decisiones y sólo permitiéndoles una socialización de kermés, un poder efímero y agotado en acciones intrascendentes. En espejo, decía, con cierta línea interna del movimiento feminista, que rivaliza con los hombres a partir de dos formulaciones engañosas: El *esencialismo* (la mujer es una “esencia” y no un constructo histórico) y el *reduccionismo de género* (la categoría de género es independiente y superior en influencia a otras variables como las de clase social, grupo étnico, nivel etario o formación cultural)³⁰.

“¿Qué vamos a organizar, un té canasta?” Se pregunta una informante recién citada, renuente a participar de la CPPM. Y otra entrevistada relata:

“En la escuela que iba mi hijo, vos ahí entrabas y si eras mujer ibas al “Club de Madres” y si eras hombre, a la cooperadora. Las mujeres vendían rifas y los hombres decidían sobre el dinero. Yo empecé que no, que teníamos que participar en igualdad, tanto que al final terminó por disolverse el Club y ahora están todos, hombres y mujeres, en la Cooperadora”. (Laura)

Sin embargo, es una de las integrantes de la CPPM quien re-enfoca en su testimonio, la experiencia tipo “Club de Madres”, traída del cooperativismo escolar:

“El otro día, una señora me decía: 'Porque yo antes, en la cooperativa estaba en la Comisión Femenina, pero cuando era Caja, después ya no hubo más'. Le digo: 'Pero usted puede estar en cualquier comisión, usted como mujer no va a tener que poner solamente la escarapelita en la solapa, servir las bebidas, puede sumarse a cualquiera de las tantas comisiones que tenga su filial'. Porque el rol de la Comisión Femenina era ése, ser primero, un poco, el adorno y después, poner la escarapelita, darle la florcita, un té canasta... ¡Lo único que faltaba! (risas)”. (Silvia)

Siendo el rechazo a la organización tipo “Club de Madres”, por un lado, y a la idealización de las mujeres, por el otro, un significado compartido por unas y otras entrevistadas, no obstante, la organización de mujeres (entiéndase la CPPM, pero también, toda otra iniciativa con explicitación de la identidad de género) navega en ese dudoso mar a los ojos de sus antagonistas; mientras que quienes apoyan este tipo de formaciones, no siempre consiguen que éstas sean visualizadas tal como ellas lo planifican.

Desde el punto de vista teórico y entre quienes se han ocupado de la participación de las mujeres de acuerdo a convocatorias de género, una autora que ya citara, afirma:

(30) Para criticar esta línea de argumentaciones -idealizadora y renaturalizadora de la condición femenina- el movimiento feminista ha acuñado el término "mujerismo". Véase Lamas, M., "Editorial", en *Revista Debate Feminista*, Año 1, vol. 2, México, marzo, 1990; Vargas, V., *El movimiento feminista latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto*, en *El Cielo por Asalto*, Año 1, N° 2, Bs. As., otoño 1991.

“... Una convocatoria de género sexual implica, entre otras cosas, incluir un aspecto muy poco presente en las mujeres, que es la conciencia de pertenecer a un género y que dicha pertenencia condiciona jerárquicamente los lugares y funciones que le son asignados [...] Aparece indefectiblemente un “nosotras” que adquiere pleno sentido. Es a través del “nosotras” que las mujeres pasan a incluirse en la historia. Devienen sujetos temporales dentro de un ámbito comunitario, abandonando el anónimo lugar de “madre de tal”, “hija de cual”, “mujer de fulano”... En mi experiencia, con los grupos de reflexión de mujeres, la condición del género es algo a lo cual se llega y no de lo cual se parte”³¹.

Julian John, por su parte, de la Asociación de Cooperativas del Canadá, refiere acerca de su experiencia con organizaciones de mujeres en Ghana, África Occidental:

“Han aprendido que juntas, como institución, tienen un poder colectivo que no tenían a título individual. Su éxito ha impactado a la comunidad a la que pertenecen. Muchas otras mujeres se han presentado para ingresar a la Unión...”³².

Ya en tierras americanas, una integrante de Sistren -el Colectivo de Teatro Popular de Jamaica, formado por mujeres- sostiene:

“Como mujer de una familia pobre, quería participar en algo que pudiera ser un ejemplo para mis dos hijas. Comenzamos algo que la gente trabajadora de Jamaica debería haber tenido desde hace mucho tiempo. Un proyecto autosuficiente donde la gente se ve a sí misma como que puede hacer algo de valor para sí misma y para la sociedad también”³³.

Las citas podrían continuar mostrando experiencias positivas de organizaciones de mujeres, en el país y en el resto del mundo, inscriptas en el cooperativismo o desvinculadas del movimiento. Desde ya, y como lo deslizan las voces críticas de las agrupaciones de mujeres, este tipo de organizaciones tiene sus riesgos. Si la valorización de la especificidad histórica de las mujeres, la asunción de una identidad colectiva y el intercambio de experiencias comunes, son los atractivos mayores que las mujeres encuentran en las agrupaciones de género, su límite posible lo constituye el riesgo de la ghetarización, con su doble cara de refugio y autocomplacencia.

Las alternativas para eludir o, llegado el caso, superar esta suerte de ahogo, estarían dadas en la relación con otros grupos de mujeres y en la coordinación de actividades con distintos sectores sociales. Martha Rosenberg cierra su crítico comentario sobre el V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, con el siguiente pronóstico:

“... si las mujeres no se constituyen en sujetos de sus propios intereses (y éstos exceden los de género), actúa como factor de inercia de cualquier status quo o como lastre de cualquier movimiento emancipador. Por lo tanto, no pueden encarar su propia liberación de otra manera que articulándola con otros movimientos sociales liberadores”³⁴.

(31). Coria, C., *op. cit.*, pp. 264-266. Es interesante comparar esta cita con las opiniones vertidas por socias de MC, en el reportaje publicado por Revista Idelcoop, N° 60, pp. 30-42, Rosario, enero-febrero, 1989.

(32). Julián, J., *Las mujeres y el crédito*, en *Revista de la Cooperación Internacional*, vol. 23. N°1, pp. 59-64, Ginebra, 1990.

(33) Testimonio de Bev Hanson, en: *Entre aprietos y alborotos. Estudio de Caso sobre Financiamiento y Democracia en Sistren, 1977-1988, Programa de Mujeres, ICAE, Toronto, 1989.*

(34) Rosenberg, M., *Diferencias y Desigualdades. Acerca del V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe*, en: *El Cielo por Asalto, Año 1, N° 2, p. 31, Bs. As., otoño, 1991.*

Por otro lado, lo que la concepción crítica de las organizaciones de género pasa por alto, es la propia diversidad entre las mujeres. Al dejar de lado la organización colectiva, los posibles conflictos intersexuales que las aquejan (y aquí he referido algunos) quedan librados a la capacidad individual de cada mujer para resolverlos.

El deseo de una sociedad igualitaria y de unas mujeres dueñas de sí mismas, puede llevar a creer que esa sociedad (micro-representada por el MC) y esas mujeres (sus socias), ya está /están ahí, por el sólo hecho de enunciar la igualdad y el protagonismo. Quedan en el camino, en tanto, aquellas mujeres que por diferencias de personalidad, de entrenamiento público, de prácticas culturales (v.g. la mayoría) no consiguen superar la exclusión en el estrecho espacio de sus vínculos personales.

Existen, por cierto, mujeres con capacidad de trabajo en conjunto con los hombres, que establecen relaciones de total igualdad, pero son las menos, caracterizadas por personalidades fuertes, y en muchos casos, con éxitos logrados a costa de un gran desgaste; por lo general, ellas no proponen sus puntos de vista, sino que para ser escuchadas necesitan imponerse. La acción solidaria de las mujeres lo que puede permitir es una distribución mayor de ese desgaste, un compartir tensiones en un camino considerablemente largo.

Otro conflicto que asoma en la polémica que estamos viendo, aunque no aparece así explicitado, es el que considera que el desarrollo de diferendos sectoriales debilita una posible acción de conjunto frente a otros conflictos, valuados como de mayor importancia. Por ejemplo, el ocuparse de la postergación de las mujeres, cuando la crisis económica envuelve a ambos sexos y el MC pasa por uno de sus períodos más regresivos.

Esta idea implica por lo menos dos presupuestos discutibles:

1. que la participación de las mujeres es un asunto exterior a la economía y la crisis del MC.
2. que la crisis económica puede explicar por sí misma la ausencia de mujeres para ciertos niveles de participación.

Sobre el primer presupuesto, he aportado ya algunas argumentaciones que demuestran lo contrario. Desde la *reproducción privada de la fuerza de trabajo*, llevada a cabo históricamente por las mujeres, hasta su merma de participación en estructuras que no contemplan soluciones concretas a sus múltiples ocupaciones de género, se recorre un amplio espacio sin solución de continuidad entre lo “público” y lo “privado”, entre lo “económico” y el mundo cotidiano de las mujeres.

Sobre el segundo presupuesto, referido a que es la crisis económica la que recluye a las mujeres en sus hogares o, al menos, lejos de objetivos socio-políticos, me parece que describe una parte de la realidad, en tanto una crisis de tal magnitud descolora al conjunto de los actores, y hasta llega a descentrarlos a veces, obligándoles a hacer abandono en la práctica, de sus propias convicciones teóricas. Sin embargo, en situaciones relativamente mejores a la actual, con un mercado interno en expansión y unos servicios (salud, educación, vivienda, previsión, etc.), generalmente a cargo del estado y en pleno funcionamiento, la participación de las mujeres no era precisamente mayor ni mejor que la de hoy día, ni desde el punto de vista cuantitativo ni desde el punto de vista de su aceptación al interior del movimiento.

De modo que hacer lugar a ese “modo específico de participación femenina”, fuere a través de sus organizaciones, fuere a través del debate profundo sobre qué camino convendría seguir, lejos de debilitar el movimiento, lo re-envía a un estado de movilización, reciclaje de costumbres aceptadas y reformulación de proyectos y formas palpables de avance organizativo.

Por último, y como de todos modos se desprende de las exposiciones anteriores, no quisiera asumir una posición ecléctica en este punto. Creo que existen suficientes motivos (internos y externos al MC) como para sostener y profundizar las asociaciones de mujeres, con vistas a una mayor participación del sector y al diseño de una instancia integradora de hombres y mujeres, que sea expresión de sus respectivas parcialidades y no, alienación de una en otra.

Considero así de gran utilidad, escuchar y analizar las objeciones que mujeres del propio movimiento han formulado, con total claridad, a las experiencias de organización femenina. Así como parece necesario que las mismas mujeres, identificadas con una y otra postura revelen sus objetivos, aclaren malentendidos y discutan en sus organizaciones, la posibilidad de emprender acciones de conjunto. Ya que lo que a mi modo de ver, se perilla como más promisorio en este debate, aun por sobre la discusión acerca de grupos específicos o mixtos, es la factibilidad de estrategias colectivas para la superación de la baja participación femenina. Este intercambio, más allá de los acuerdos que se puedan o no alcanzar, permitirá, creo, un mayor conocimiento de los supuestos que se juegan en la interacción social de las mujeres, valorizando sus diferencias, pero explicitando también, sus puntos de vista en común; lo que por añadidura, resultará en más claras y menos ambivalentes relaciones con los hombres.

Que el abanico se abra

“... lo que veo que sirve son los talleres, pero tienen que salir al interior. Hay que armar grupos de trabajo porque si lo que aprendés se queda dentro tuyo, no sirve, que el abanico se abra, ¿viste?”. (Paula)

Cuando una de las últimas informantes entrevistadas pronunció la frase, “que el abanico se abra”, tuve la sensación de que me entregaba una clave. Símil femenino como pocos, el abanico me ofrecía una representación exacta del universo de propuestas, opiniones y divergencias recorrido durante la investigación.

Las “palabras finales” para el entrecruzamiento de voces que hemos estado compartiendo se podrían resumir en esa imagen: un abanico abierto, con su doble sentido de mostrar cada una de sus partes y de ventilar concepciones establecidas.

La apertura como alusión a un camino ya transitado y como invitación a una experiencia por realizar. Un abanico abierto, entonces, para mostrarse, para dar nuevos aires, y también, abierto a la historia del movimiento de mujeres en general y a la historia de la inserción femenina en el MC, en particular. Veamos esto.

He citado, anteriormente, los cambios que se producen cuando las mujeres pueden pasar de un lugar anónimo, de trastienda, a un “nosotras”. El incluirse en una representación de género, supone no sólo un alineamiento sincrónico, sino además, una genealogía, el rescate de una historia que nos precede y nos fundamenta. Adoptar para sí experiencias de lucha de otras mujeres implica también, reconocerse como género en

proceso de construcción, con una determinada (no lineal, zigzagueante) acumulación histórica, que reúne personajes y posturas ideológicas con las que tal vez no se comparta absolutamente todo, pero sí algo, y que han aportado al reconocimiento social de las mujeres y al proyecto de una humanidad que exprese mixtura y no uniformismo.

Así, desde esta perspectiva, si vemos arder el siglo de las brujas con sus trágicas hogueras, también vemos brillar a las Cortes de Amor de Leonor de Aquitania, pensadas para el placer y la justicia entre hombres y mujeres, y a muchas de las abadías medievales que -como la de Santa Brígida en Irlanda reservaban a las mujeres un espacio para la aventura del conocimiento.

Historia zigzagueante, digo, con luces y sombras. ¿Dónde estaría yo, mujer, si en vez de transitar los últimos tramos del siglo veinte, hubiera vivido en otras épocas? La pregunta incita a un ejercicio imaginario de adscripción y polémica (alineamiento de género y discusión de género). ¿Cerca de qué sector de mujeres del pasado me ubicaría, de haber sido su contemporánea?

¿Entre las defensoras de la "tribuna femenina", lideradas por Olympe de Gouges y devoradas por la guillotina? ¿En la carga de El Villar, una más entre la tropa de Juana Azurduy? ¿Junto a Flora Tristán, promoviendo la creación de una Internacional de Obreras y Obreros? ¿Tal vez hubiera instado a Ana Tweedale a que se sumara a los "equitativos pioneros de Rochdale" o habría escuchado encandilada sus consejos? ¿Estaría mi firma al pie de la Declaración de Seneca Falls? ¿Habría sentido yo la pasión y el coraje de Camila O'Gorman? ¿Estaría en Brasil, fundando con Juana Manso el primer periódico feminista de América Latina? ¿O con Beatrice Potter, ayudándole a pasar en limpio los originales de "La Cooperación en Gran Bretaña"? ¿O asistiría a las discusiones cordiales sobre "la cuestión de la mujer", entre Rosa Luxemburg y Clara Zetkin? ¿Tendría un vestido de sufragista con más botones que una sotana? ¿Lloraría en Nueva York a mis compañeras de la Cotton, carbonizadas por exigir las 10 (¡diez!) horas de trabajo?³⁵.

El ejercicio podría continuar por páginas y cada quién aportaría sus nombres, sus luchas, sus intencionalidades, pasibles de adscripción o rechazo. Genealogías, pues, como elegir los sombreros de qué abuela se han de conservar.

¿Y en el plano sincrónico, qué camino se abre en cuanto a la participación, al cooperativismo, a la identidad femenina? A mi parecer, el movimiento de mujeres puede influenciar positivamente al MC, con su prédica de respeto por la diferencia sin jerarquías

(35) *Sobre Olympe de Gouges, véase Evans. R.J., Las feministas. Los Movimientos de Emancipación de la Mujer en Europa, América y Australasia 1840-1920, siglo XXI Editores, Madrid, 1980, pp.11-12. Sobre Juana Azurduy, v. Vitale, L., La mitad invisible de la Historia. El protagonismo social de la mujer latinoamericana, Sudamericana/ Planeta Editores. Bs. As., 1987, p. 69; Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas, Editorial Plus Ultra, Bs. As., 1986, p. 49. Sobre Flora Tristán, v. Marx, K., Engels, F., La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época, Editorial Grijalbo, México, 1958, p. 84; Baelen, J., Flora Tristán: Socialismo y Feminismo en el Siglo XIX, Taurus, Madrid, 1973; Vitale, L., op. cit., pp. 98-107. Sobre Ana Tweedale, v. Holyoake, g.j., Historia de los Pioneros de Rochdale, Intercoop Editora, Bs.As., 1975, pp. 61 y 66. Sobre Declaración de Seneca Palls, v. Evans, R., op.cit., p. 48. Sobre Camila O'Gorman, v. Adami, N. M. Poder y Sexualidad. El caso de Camila O'Gorman, en Revista Todo es Historia, año 24, N° 281, Bs. As., noviembre, 1990. Sobre Juana Manso, v. Vitale, L., op. cit., pp. 116-117. Sobre debate Rosa Luxemburg-Clara Zetkin, v. AAVV, El Movimiento Feminista Alemán, Hohwatch, Bonn, 1983, pp. 53-84. Sobre movimiento sufragista, v. Evans, op. cit., pp. 223-234.*

y con su renovación de las prácticas cotidianas de convivencia, proclive a la integración de aspectos consuetudinariamente separados (público-privado, razón-sentimiento, pragmatismo- utopía); de igual modo que en el siglo pasado, las luchas del cartismo³⁶ por el sufragio universal en Gran Bretaña, le inculcaron al movimiento la *prioridad de la democracia*³⁷ los diversos socialismos, aun con sus diferencias, le marcaron la senda del *reparto equitativo* de la ganancia.

Por su parte, el MC y dentro de éste, el sector de mujeres, tiene ganado un hermoso lugar para el crecimiento y la puesta a prueba de proyectos habitualmente tenidos por utópicos. Recuérdese la valoración sustancial de la especificidad femenina, expresada en declaraciones y documentos del MC, a nivel local e internacional³⁸. Si se logra obtener un espacio para el desarrollo de *estrategias colectivas* de participación (además del ya conseguido para las estrategias individuales, como las ligadas al área de la capacitación), se abren perspectivas interesantes para el aumento participativo de las mujeres y, probablemente, de otros sectores hoy alejados del movimiento jóvenes, asalariados, etc.).

El adoptar estrategias colectivas de acción, puede promover el surgimiento de nuevas formas organizativas, que a mi juicio, permitirán superar el estadio de “queja” femenina (aislada y sin propuesta)³⁹ y materializar la inconformidad en hechos concretos que transformen el “orden” desequilibrado en que nos desenvolvemos.

Una propuesta de organización la constituye la señalada por algunas de las informantes, para dar solución práctica a una de las trabas más comunes:

“Yo vi en otros lados o para otros fines, guarderías espontáneas. Pero aquí las mujeres no se desprenden tan fácilmente de los hijos... que el moquito... que ... No hay que esperar a que los hijos tengan 25 años para participar. Hay que dejar las ollas menos brillantes y ganar ese tiempo para otras cosas”. (Gabriela)

“Estoy haciendo un Seminario de Vida, son cuatro viernes, siete y media a diez y media. Claro, el problema que las mamás, dónde dejan a sus chicos [...] Entonces, se hizo una guardería, se le dijo a una chica que es maestra jardinera, que ella se quede con los chicos, en una salita, entonces nosotros hacemos el Seminario de Vida ahí. Eso es muy importante para que la mujer pueda participar más”. (Luisa)

Otro testimonio hace referencia a las vías, a veces menospreciadas, de acceso femenino a instancias de participación colectiva:

(36) *Movimiento obrero inglés que se desarrolló aproximadamente entre los años 1836 y 1850, formado por seguidores de la "Carta del Pueblo" (1838), quienes por medio de la reforma política (voto universal masculino), esperaban abrir el curso de las reformas económicas y sociales. Véase Bedarida, F., El socialismo en Inglaterra hasta 1848, en: AAVV, Historia General del Socialismo, vol.1, Ediciones Destino, Barcelona, 1976, pp. 320-329; Abendroth, W., Historia social del movimiento obrero europeo, Ediciones Cultura Popular, Barcelona, 1986.*

(37) Véase Lambert, P., *Op. cit.*, pp. 58-59; Bedarida, F., *El socialismo inglés desde 1848 a 1875. en AAVV, op. cit.*, 1976, p. 557.

(38) Entre otros, véase Thordarson, B., *Informe del Director de la Alianza Cooperativa Internacional, en: Revista Idelcoop, N°70-71, p.186, Rosario, julio-diciembre, 1991.*

(39) Véase Moncarz, E., *La queja cotidiana: Una forma de contraviolencia femenina, en: AAVV, op. cit.*, 1987, p. 303.

“Un día apareció una vecina que querían hacer gimnasia-yoga y pedían el salón de la cooperativa. Por ahí, nosotros pensábamos en grandes cosas, y ellas, lo que querían era un lugar para hacer gimnasia. Así se formó una Comisión de Recreación”. (Noemí)

Otras formas de organización o la profundización de éstas, podrán surgir en la medida en que se socialicen los distintos enfoques de las mujeres cooperativistas y se establezcan puntos de acuerdo para la acción. Una acción que, intuyo, ha de expresar, al estilo de la bandera multicolor de los falansterios, la *diversidad en la unidad*⁴⁰; apostando, por ello, a la identidad de género, pero también, a la articulación con las líneas de trabajo de los hombres cooperativistas y a la coordinación de tareas con otros sectores sociales en lucha por su emancipación. Apostando, pues, a que el abanico se abra.

Buenos Aires, julio 1992.

(40) *El Falansterio, una de las obras del asombroso Charles Fourier, escrita en 1832, en la cual propone la creación de asociaciones doméstico-agrícolas (falansterios), cuya bandera, compuesta de los colores del arco iris, simboliza el principio de que "la armonía no depende de la supresión de contrastes, sino de su utilización en provecho de todos". Con igual criterio, esta bandera fue adoptada por la Alianza Cooperativa Internacional (ACI) y representa así, a los /las cooperativistas de todo el mundo. Véase, Bruhat, J., El socialismo francés de 1815 a 1848, en AAVV, op. cit., 1976, pp. 350-360; Lambert, P., op. cit., p.120.*

Bibliografía citada

• 1. Libros, artículos, ponencias

ABENDROTH, Wolfgang: Historia del Movimiento Obrero Europeo, Ediciones Cultura Popular, Barcelona, 1986.

AAVV: El Movimiento Feminista Alemán, Hohwacht, Bonn, 1983.

AAVV: Estudios sobre la Subjetividad Femenina. Mujeres y Salud Mental, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1987.

AAVV: Historia General del Socialismo, vol. 1, Ediciones Destino, Barcelona, 1976.

BAELEN, Jean: Flora Tristán, Socialismo y Feminismo en el Siglo XIX, Taurus, Madrid, 1973.

DARCYDE OLVEIRA, Rosiska: Elogio da Diferença. O feminino emergente, Editora Brasiliense, Sao Paulo, 1991.

EVANS, Richard, J.: Las Feministas. Los Movimientos de Emancipación de la Mujer en Europa, América y Australasia, 1840- 1920, Siglo XXI Editores, Madrid, 1980.

FORD-SMITH, Honor: Entre Aprietos y Alborotos. Estudio de caso sobre financiamiento y democracia en SISTREN, 1977-1988, Programa de Mujeres, ICAE, Toronto, 1989.

GINGOLD, L. /VÁZQUEZ, I.: Nos /otras en la Crisis, en: Mujeres Hoy, Fundación TIDO, Buenos Aires, 1992.

GARCÍA DE FANELLI, Ana M.: Empleo Femenino en el Sector Público Argentino, ponencia presentada en el panel "Women at Work in Latin America", LASA, XV International Congress, San Juan, Puerto Rico, 21-23 de septiembre, 1989.

HOLYOAKE, George, J.: Historia de los Pioneros de Rochdale, Intercoop Editora, Buenos Aires, 1975.

LAMBERT, Paul: La Doctrina Cooperativa, Intercoop Editora, Buenos Aires, 1975.

LARGUÍA, I./ DUMOULIN, J.: La Mujer Nueva. Teoría y Práctica de su Emancipación, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.

MARCUSE, Herbert: Calas en Nuestro Tiempo, Icaria, Barcelona, 1983.

MARX, K. / ENGELS, F.: La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época, Editorial Grijalbo, México, 1958.

PESENTI, Marta: La Teoría Antropológica y la Perspectiva de Género, en: Grassi, E. (comp.), La Antropología Social y los Estudios de la Mujer, Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1986.

POULANTZAS, Nicos: Estado, Poder y Socialismo, Siglo XXI Editores, México, 1979.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la Lengua Española, Tomo 2, H Z, Madrid, 1984.

SOSA DE NEWTON, Lily: Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1986.

VITALE, Luis: La Mitad Invisible de la Historia. El Protagonismo Social de la Mujer Latinoamericana, Sudamericana/Planeta Editores, Buenos Aires, 1987.

2. Publicaciones periódicas.

ADAMI, Nazareno M.: “Poder y Sexualidad. El Caso de Camila O’Gorman”, en: Revista Todo es Historia, Año 24, N° 281, Buenos Aires, noviembre, 1990.

BELAUD, Claude: Formación de Capita: “El Desafío para la Práctica y Teoría Cooperativa”, en: Revista Idelcoop, N° 70-71, Rosario, julio-diciembre, 1991.

BONAPARTE, Héctor: “La Participación Democrática y la Experiencia Cooperativa en Argentina”, en: Revista Idelcoop, N° 69, Rosario, abril-junio, 1991.

“Participación Democrática y Experiencia Cooperativa”, en Revista Idelcoop, N° 72, Rosario, enero-marzo, 1992.

CEPAL: “La Transmisión Intergeneracional de las Oportunidades de Vida en la Década de los '80”, en: Notas sobre Economía y Desarrollo N° 513-514, agosto-septiembre, 1991.

GAMBINA, Julio: “El Cooperativismo en la Encrucijada de los '90”, en: Revista Idelcoop, N° 70-71, Rosario, julio-diciembre, 1991.

IDELCOOP: “La Mujer en el Movimiento Cooperativo”, en: Revista Idelcoop, Año 16, N° 60, Rosario, enero-febrero, 1989.

JULIÁN, John: “Las Mujeres y el Crédito”, en: Revista de la Cooperación Internacional, vol. 23, N° 1, pp. 59-64, Ginebra, 1990.

LAMAS, Marta: “Editorial”, en: Revista Debate Feminista, Año 1, vol. 2, Mé3deo, marzo, 1990.

ROSENBERG, Martha: “Diferencias y Desigualdades. Acerca del V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe”, en: Revista El Cielo por Asalto, Año 1, N°2, pp. 25-31, Buenos Aires, otoño 1991.

THORDARSON, Bruce: “Informe del Director de la Alianza Cooperativa Internacional”, en: Revista Idelcoop, N° 70-71, Rosario, julio-diciembre, 1991.

VARGAS, Virginia: “El Movimiento Feminista Latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto”, en: Revista El Cielo por Asalto, Año 1, N° 2, pp. 9-24, Buenos Aires, otoño 1991.

3. Documentos

Taller de Capacitación para Dirigentes Cooperativistas, Buenos Aires, 30-3-90. Archivo Comisión de Promoción de Participación de la Mujer (CPPM).

“La Mujer y la Solidaridad a través del Cooperativismo”, Encuentro Nacional de Mujeres, Rosario, 1989. Elaborado por la Comisión de Promoción de la Participación de la Mujer. Archivo CPPM.

Bibliografía Consultada

1. Libros, artículos, ponencias.

ACI: Nuevos Enfoques de los Principios Cooperativos en el Mundo. Informe de la Comisión sobre los “Principios Cooperativos”, presentado por el Congreso de la ACI, Viena, Austria, septiembre 1966, Ediciones Idelcoop, Rosario, 1987.

ASTELARRA, Judith: Las Mujeres Podemos: Otra Visión Política, Icaria, Barcelona, 1986.

AAVV: Y Hasta cuándo esperaremos. Mujer y Poder en América Latina, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1989.

BONDER, Gloria: Los Estudios de la Mujer y la Crítica Epistemológica a los Paradigmas de las Ciencias Humanas. I Coloquio Internacional sobre la Investigación y la Enseñanza Relativos a la Mujer. Universidad de Concordia, Montreal, Canadá, 1982.

BOZZO, Rubén, N.: El Capital Humano en el Proceso de Gestión Cooperativa, Ediciones Idelcoop, Rosario, 1984.

DE BARBIERI, Teresita: Mujeres y Vida Cotidiana, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.

FERRAROTTI, Franco: La Historia y lo Cotidiano, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1990.

FOUCAULT, Michel: La Voluntad de Saber. Historia de la Sexualidad, vol. 1, Siglo XXI Editores, México, 1986.

HELLER, Agnes: Teoría de los Sentimientos, Editorial Fontamara, Barcelona, 1985.

SMITH, Dorothy, E.: El Mundo Silenciado de las Mujeres, Centro Internacional de Investigaciones del Desarrollo - CIID - Canadá, Santiago de Chile, 1986.

2. Publicaciones Periódicas

ACCIÓN: “La Otra Mujer”, N° 557, p. 17, primera quincena, noviembre 1989, Buenos Aires.

BELLINI, Nilda: “Rol de la Mujer y de la Juventud en el Movimiento Cooperativo”, en: Revista Idelcoop, Año 8, N° 3, pp. 323-332, Rosario, 1981.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA MUJER (CEHM): Cuaderno N° 1, Universidad Nacional de Rosario, octubre 1991.

DIAZ, Libertad M.: “Los Derechos de la Mujer”, en: Revista Idelcoop, Año 4, N° 4, pp. 471-479, Rosario, 1977.

IDELCOOP: “La Asamblea de las Mujeres Cooperativistas en Italia”, en: Revista Idelcoop, Año 7, N° 1-2, pp. 89-99, Rosario, 1980.

IDELCOOP: “La Mujer en el Cooperativismo Argentino de Crédito”, Ponencia de la CPPM para el IV Encuentro Nacional de Mujeres, Rosario, 19 al 21-8-89, en: Revista Idelcoop, Año 16, N° 64, pp. 39-49, Rosario, enero-marzo 1990.

IDELCOOP: “Una Visita Provechosa”, en: Revista Idelcoop, Año 5, N° 2, pp. 192-196, Rosario, 1978.

MANGIA DE CALIVARI, María N.: “Participación de la Mujer en la Actividad Cooperativa”, en: Revista Idelcoop, año 4, N°1- 2, pp. 155-178, Rosario, 1977.

OUMON, Oattara: “Mali-Una Cooperativa de Mujeres en Markala”, en: Revista Idelcoop, Año 13, N° 3, pp. 251-255, Rosario, julio-septiembre, 1986.

3. Documentos

DANEAU, Yvon: “Mujeres y Cooperativismo”, mimeo., s /f, s /l. Archivo CPPM.

Anexo

Los siguientes porcentajes fueron calculados a partir de información obtenida sobre una base de diecisiete entrevistas intensivas.

EDAD

- 35	23,53%
36 a 45	23,53%
46 a 55	35,29%
+ 55	17,65%

NIVEL DE INSTRUCCIÓN

Primario	17,64%
Secundario	41,18%
Terciario/Universitario	41,18%

ESTADO CIVIL

Solteras	11,77%
Casadas	47,05%
Separadas/Divorciadas	29,41%
Viudas	11,77%
Casadas c /cónyuge cooperativista	88,23%
Casadas c/cónyuge no-cooperativista ...	11,77%

MATERNIDAD

C/hijos	88,23%
S/hijos	11,77%

INGRESOS

Empresarias	28,41%
Empleadas	35,29%
Cuentapropistas	5,88%
S/actividad remunerada	17,65%

CARGOS

Consejo ad./M. Directiva	23,52%
Sec. Educación	41,18%
Sec. Finanzas	5,88%
Sec. Cultura/R. Institucionales	11,77%
Sec. Control int.	11,77%
Sec. Actas	5,88%
Están o estuvieron en Sec. Educación	71,59%
No Estuvieron nunca en Sec. Educación	28,41%